

# Julito Cabello

contra la lata tóxica



Esteban Cabezas



GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

unos árboles enanos que nadie se come (¿quién se come un árbol?) y una vieja amiga de mi mamá que anda trayendo una lata llena de...

¡¡¡ALERTA!!!

Lo sé. Hay palabras que sonarían menos mal, como "excremento", "heces" o "inmundicia" (qué rancio, las encontré en el diccionario), pero también es cierto que nadie las usa. Sorry, aquí va:

...y esta amiga de mi mamá anda con una lata llena de... ¡caca de un pintor! (suena muy ordinario, pero ella dice que es una obra de arte). Y en medio de todo esto el Beltrán, mi hermano chico, se transforma de un día para otro en una verdadera mina de oro.

¿Alguien iría a ver una película con una sinopsis así?: "Vea las sorprendentes aventuras de un chanchito perdido en un bosque enano" o "Una lata de caca que cambió la historia del arte".



Esteban Cabezas

# Julito Cabello

## contra la lata tóxica

GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas, Guatemala, Lima,  
México, Miami, Panamá, Quito, San José, San Juan,  
San Salvador, Santiago de Chile, Santo Domingo

## Hola, ¿qué tal?

Para quienes no me conocen, mi nombre es Julio Cabello, pero me dicen Julito (una vez, un chofer de micro me dijo otras cosas, muy ofensivas, pero no las voy a repetir). Mi papá es crítico de restoranes y mi mamá escribe sobre flores y jardines. Los dos son periodistas y, como podrán deducir, en mi casa todos escriben, menos Beltrán, mi hermano chico que tiene dos años y ni siquiera dice su nombre. Tampoco escribe mi mejor amigo (es como parte de la familia), se llama Aarón y no habla mucho.

Mi ecosistema, como diría la profe de Ciencias, es muy simple. Pero bueno, eso era en el pasado porque el presente es mucho más enredado y se está poniendo peor.

Para que vayan entendiendo: los protagonistas de esta historia son un chanchito muy simpático que hay que comerse (es obligación),

—Por lo mismo te pido que la ayudes y que te preocupes de tu hermanito. La Clementina va a necesitar tu colaboración porque justo mañana llega una amiga mía que vive en Europa. Se llama Karla, con k, y fue mi mejor compañera en el colegio. Es artista y viene a Chile porque tiene una exposición y como no tenía donde alojarse, la invité. Y por lo de tu tío Leoncio, justo no voy a estar cuando llegue. Necesito que te comportes, porque vas a ser el adulto de la familia en esta casa.

Adulto. Hum.

Mientras me pasaba todo tipo de películas en la cabeza (yo con pantuflas, una bata y una pipa frente a una chimenea, como un verdadero adulto de las películas), mi papá no emitía palabra. Se había quedado en silencio mientras mi mamá seguía explicándome detalles de la casa (como dónde estaba la plata para emergencias y cuál es el código de la alarma) cuando de repente dijo algo mágico:

—Y por eso no vas a ir a clases. Yo te mando con un justificativo pasado mañana.

Un feriado. ¡Bien!

Y todo por el día “Leoncio-Coddou-Clementina-Karla con k”.

Que iba a terminar siendo k de caca.

## Exijo una explicación

**E**sa noche del día “etc, etc, etc.” (ya me aburrí de repetirlo: “Leoncio-Coddou-Clementina-Karla con K”), me dormí mientras mis papás hacían su maleta y la Clementina (o Jurasina, ¡qué chiste más malo!) llegaba a ocupar su puesto.

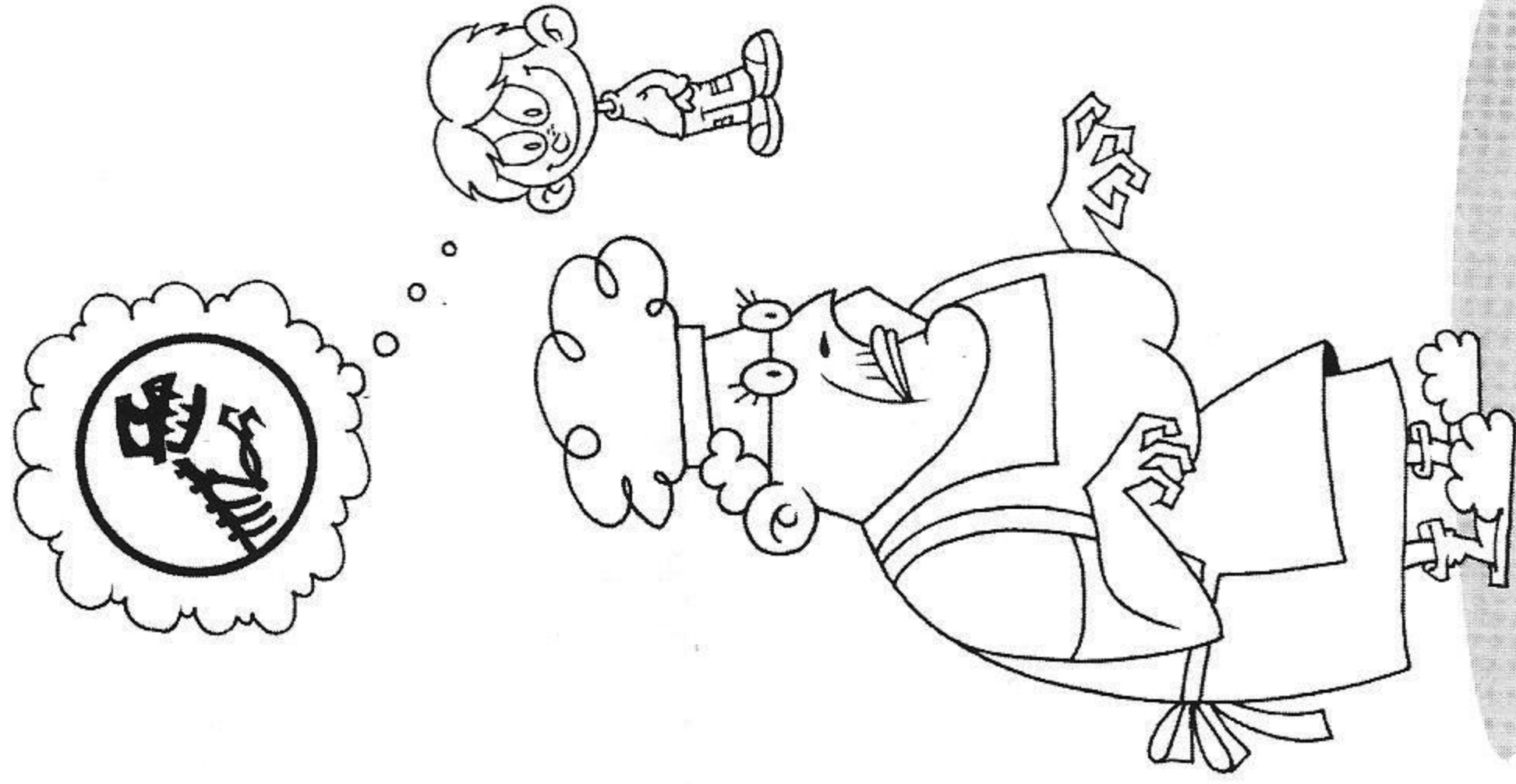
Ella venía a ayudar algunos domingos por que mi mamá decía que ella estaba aburrída de trabajar toda la semana y porque tenía derecho a un día de descanso. El problema es que la Clementina parecía película en cámara lenta y se demoraba como media hora en hacer una cama. Pero como había criado a mi mamá, a ella no se le ocurría otra persona para que la ayudara. Y si hubiera traído a otra ayudante, se habría sentido podrida de mala, creo. Es que la Clementina es algo así como una “especie protegida”. Y en vías de extinción.

El asunto es que, lenta como es (y arrugada como si se hubiera bañado dos horas en la piscina), la Clementina me caía bien. No sé por qué. A lo mejor porque era buena para reírse, aunque a veces se reía sola y se me paraban los pelos. Lo que sí tenía claro es que si mis papás apenas alcanzaban a atajar al Beltrán, ella ni soñarlo. Era yo o nadie. Por eso, pensé, me iba a tocar harto trabajo.

Ya era tarde y estaba calculando todas estas cosas cuando me quedé dormido. Y cuando desperté todavía estaba oscuro.

Era un ruido insistente. Alguien tocaba el timbre.

Mis papás ya se habían ido, súper temprano, y la Clementina roncaba en la pieza del Beltrán. En el velador tenía un vaso lleno de agua con una dentadura postiza (los dientes no eran filudos por si acaso, pero eso no los hacía menos asquerosos). Entonces fui a la puerta y, como tenía la obligación de ser adulto, vi por el hoyito para ver quién era antes de abrir. Si hubiera sido niño en vez de adulto, de más que llego y abro sin preguntar.



Era una señora que se veía con las patitas chicas y el pelo muy crespo y que cuando se acercaba al hoyito, la nariz se le veía gigante. Como el hoyito, con ese lente que lo deforma todo, no me ayudaba mucho, puse mi mejor voz ronca:

—¿Quién es?

—¿Julio?, dijo la señora narigona. Soy Karla. Karla con k. Acabo de llegar.

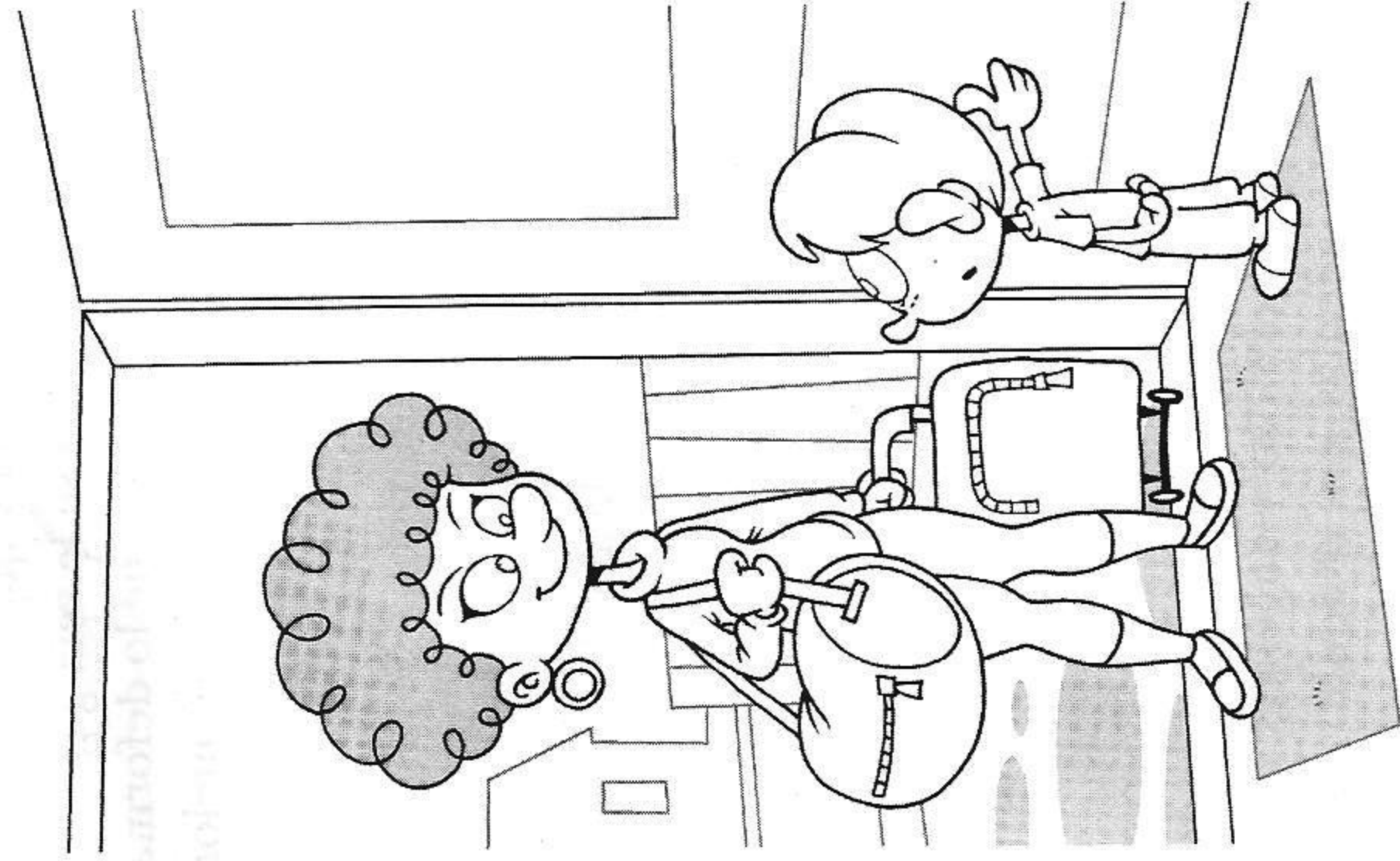
Cero dudas, pensé. No creo que haya muchas Karlas con k, así es que le abrí la puerta y ni les digo la cara con que me miró.

—¿Julito? Tú debes ser Julito porque eres el vivo retrato de tu mamá.

Entonces me apretujó, me levantó y me baboseó entero con un beso (aj).

—Con esa voz tan ronca pensé que eras tu papá. ¿Y tus papás dónde están?

Yo, sin darme cuenta, seguí hablando con la voz medio ronca (no sé, me dio plancha que escuchara mi hermoso y angelical tono de voz infantil y, además, era el adulto de la casa) y le comencé a explicar que mis papás se habían ido recién, cuando de repente, en



bata y pantuflas apareció la Clementina. Llevó a Karla a la cocina a tomar desayuno y a contarle en cámara lenta lo que había pasado. Lo del tío Leoncio y todo eso. Yo aproveché de ir a dormir un poco más. Hasta que saliera el sol por lo menos, una hora decente para un niño.

## Un desayuno accidentado

La segunda vez que desperté, sí había sol. Y brillaba más para mí que para mis compañeros porque yo no iba a tener clases.

Nada de tareas, esa era mi ilusión.

Yo pensaba que todo lo que me habían encargado mis papás (más bien mi mamá) iba a ser “pan comido”, pero me equivoqué. Me estiré, me salieron un par de ruidos irrepetibles (sin olor, lo juro) y después fui a la cocina a tomarme la leche y a comer un par de panes con paté. Ustedes saben que el desayuno es la comida más importante para un niño. Sin calorías es imposible copiar en las pruebas, molestar en el recreo y defenderse de los puñetes.

Je.

Falso.

Igual se puede hacer todo eso en ayunas, pero comer cochinas temprano en la mañana es rico. Y más tarde, también.

Cuando llegué a la cocina, el cuadro parecía película de dibujos animados.

—Jurasina —dije, y luego me corregí—, ejem, Clementina, ¿qué hay de desayuno?

La Clementina, que necesita dormir todas sus horas de hibernación y no había podido, andaba como un zombi. Mucho más lenta que de costumbre (increíble, pero es posible). Y el Beltrán, que ya estaba despierto, disparaba con su cuchara cereales con yogurt para todos lados, desde su sillita.

Como yo era el adulto-despierto, intenté negociar con él, para que dejara de molestar.

—Beltrán, ¿te parece necesario lanzar el desayuno por todos lados?

Beltrán me miró con su mejor cara de angustio.

—¿Kaa? —me respondió.

Como habíamos establecido algún tipo de contacto, creo yo, seguí.

—Pequeño hermano mío, ¿puedes parar de desordenar?

—¿Kaaaaa? —fue su segunda respuesta mientras me miraba pestañeando.

—Beltrán, ¡para!

Entonces dijo una palabra que nunca le había escuchado.

—¿Ka, ulito?

¿Mi nombre? ¿Me dijo Julito?

Debo haber puesto una cara ridícula, de pura sorpresa y pura chochera, pero se me pasó al tiro. Bajé la guardia y, en ese mismo momento, Beltrán me lanzó un cucharazo de yogurt directo a la cara.

Mi mamá, cuando se enoja, dice que ve rojo. Yo, en cambio, vi rosado, porque el yogurt era de frutilla.

Les juro que lo hubiera estrangulado, pero entonces escuché un ronquido de la Clementina, que se había quedado dormida sentada en la silla.

Estaba con la boca abierta. Y sin dientes. Qué asco.

## “Konociendo” a Karla

La verdad que me tocaba ser el adulto de la casa, pero la Clementina tenía mi edad multiplicada como por siete. Me llevaba lejos la delantera. Era como siete veces más adulta que yo y, además, no estaba picada, como yo sí lo estaba, ni con la cara llena de yogurt.

Mientras el Beltrán seguía con su labor de distribución del desayuno por todas partes, comencé a moverle el hombro a la Clementina. Para que atinara. Primero fue suave, pero no me resultó. Le salió un ronquido enorme y siguió durmiendo como si nada. ¿Cómo habrá levantado e instalado al Beltrán en su sillita, pensé yo? Allí estaba, diciéndole “despierta” a cinco centímetros del oído, cuando entró Karla con el pelo mojado.

“¿Dónde hay café?”. Dijo sólo eso, y ni tan fuerte, pero fue como si a la Clementina le hubieran dado un golpe de corriente. Se le-

vantó de un salto y fue directo a la despensa, se agachó a buscar la cafetera y la puso en la cocina. Si no lo hubiera visto, no lo creo. Parecía a velocidad normal, casi humana.

## Ok, ok, ok

Estábamos cuatro personas ahí, en la cocina. O más bien tres, porque el Beltrán era como media persona y la Clementina, otra media más.

—Hola, Julito, ¿cómo estás? —me dijo Karla—. Muchas gracias por abrirme la puerta anoche.

Yo, que no soy muy bueno para hablar en las mañanas, sólo respondí: “OK”.

—Sé que llegué en la madrugada y si tú no hubieras estado despierto, me habría quedado afuera esperando a que amaneciera...

Yo, que insisto, no soy bueno para hablar, dije “OK” de nuevo.

—Te debo una y yo soy de aquellas personas que pagan sus deudas. Si quieres y si tienes tiempo, te puedo explicar un poco lo que hago. Soy artista y creo que te puede interesar.

¿Qué quieren que les diga? Yo estaba haciendo un trabajo a cambio de no ir al colegio. Y parte de ese trabajo, supuse, era escuchar a Karla.

—OK —le dije, y puse mi mejor cara de mateo de la primera fila. Es así: con los ojos más abiertos, la boca un poco abierta también, las manos agarrando el cuaderno (aunque eso no tiene que ver con la cara y en la cocina no había ningún cuaderno) y un aire de interesado a más no poder.

Karla, que ya estaba tomándose el café, me miró y comenzó a hablar.

## LA verdad, con K

En mi casa no se fuma, pero en ese instante Karla sacó una caja de metal con pequeños puros. Tomó uno, lo prendió y, con un estilo que yo nunca había visto, lanzó un aro de humo perfecto. Beltrán no dijo ni “ka”. La Clementina se quedó muda (bueno, ella vive como en una película muda) y yo me preparé para escuchar algo que, por lo menos para Karla, era muy importante.

—El arte es algo distinto a lo que muchos piensan.

...

Silencio.

...

Efecto grillo: cric, cric.

...

Cric.

...

Entonces nos miró a los tres (y hasta el Beltrán estaba atento), antes de aspirar de

nuevo y lanzar otra nube de olor fétido. Porque su cigarrillo era súper hediondo: olía a frenada de micro.

—El arte no está en los museos, como muchos piensan. El verdadero arte no se puede comprar, ni se puede colgar en las casas como adorno. Nadie puede comprar una verdadera obra de arte, porque una verdadera obra de arte es libre.

Karla se quedó tiesa, mirando al horizonte (o sea, a la ventana por donde entraba el sol). Y todos nosotros, que esperábamos algo más, nos quedamos tiesos también. Pero yo, que estaba trabajando como adulto, hice una pregunta.

—Karla, entonces ¿qué es lo bello?

Grillo.

Mentira.

¿Creen que yo habría hecho esa pregunta?

No sean brutos.

Reiníciense, recárguense, recapaciten.

Entonces le dije lo que había que decir (creo): “¿Y tú, Karla, me puedes decir qué es el arte para ti?”.

Si pudiera plastificar la mirada de amor que me lanzó Karla, para convertirla en una carta Magic, tendría la con más superpoderes que nunca nadie jamás pensó. Karla ya me amaba. Y era el primer día. No me costó tanto, vaya.

## Día libre, pero no tanto

Esse primer día libre me lo gané. Es cierto, no me tocó ninguna clase con miss Coddou ni tuve que pelear para mantener mi sándwich sin la baba de nadie. Pero me tocó, en cambio, pasearme por el mundo del arte con Karla.

Karla no es pesada. Mi mamá tampoco es pesada y, si ella fuera un plomo, no creo que hubieran sido amigas, aunque fue hace mucho tiempo. Pero la gente cambia. OK, Aarón no cambia. OK, algunos profesores, tampoco (y repiten lo mismo todos los años). Y como mi querida mamá confiaba en Karla, yo la escuché como si siguiera siendo su mejor amiga del colegio.

Entonces Karla, con el amor que me tenía ese día, se lanzó con una buena parte de la historia del arte moderno. Podría hacer un resumen de lo que me dijo, pero no me la creería

muñie. Es una cosa rara y un poco fome. De lo único que me acuerdo es:

- Un fotógrafo que le saca fotos a gente pilucha.
- Un tipo que envuelve edificios con género.
- Una fotógrafa que se saca fotos pilucha ja sí misma!

Y ni un pilucho más. Fin.

¿Bakán? Sí, a veces me parece que el arte del que habla Karla me interesa mucho.

Jo.

Komo ke piensan mucho los artistas de los que me habla Karla, digo yo.

## Un poco de aire, plis

Ése día con Karla quedé con la cabeza un poco inflada. Mientras el Beltrán y la Clementina se iban a la plaza, yo estaba obligado a escuchar y escuchar a la invitada de la mamá. Era lo mismo que cuando tenía que ver una película obligado, como "Moby Dick", para no leer el libro. Una tarea total, aunque parecía divertido.

El sol se iba escondiendo y Karla seguía súper entusiasmada contándome todo. Yo escuchaba no más, hasta que de repente (y ni me acuerdo cómo llegué) ya estaba en mi pieza.

Zzzzzz.

Por suerte, o para suerte de mi pobre cabeza, mis papás llegaron al día siguiente. Yo la sentía como una pelota demasiado inflada. Se me iban las ideas para arriba y se me olvidaban las cosas de aquí abajo (como el uniforme, los cuadernos y todo eso).

—¿Cómo llegó Karla? —me preguntó mi mamá.

—OK —dije yo. Y no sé con qué cara porque mi mamá, que tiene unas súper antenas, se preocupó al tiro.

—¿Julito, de qué estuvieron hablando con Karla?

—De la verdad de la belleza, madre —contesté yo.

Para qué les digo. Es como si le hubiera dicho a mi mamá que me había tomado el concho de vino del vaso de mi papá. Me miró como si tuviera que darme un litro de café puro para volverme a la sobriedad.

—Julito —me dijo—, hoy no vas al colegio. Hoy te quedas aquí para hablar algunas cosas conmigo.

¿Qué cara habré tenido?

Mi papá, mientras tanto, estaba distinto. No me miraba mucho y andaba paseándose como si estuviera en un museo.

¿Pena por el tío Leo?

Parece que no. Era otra cosa, como me enteré después.

## La verdad de Leoncio

**E**se día volví a ser niño. Wow. Vi un montón de tele, me quedé mirando el techo de mi pieza y me pegué un par de horas a internet. Mis papás volvieron a ocupar su puesto de papás, pero algo no era como antes. Y mi mamá, finalmente, nunca habló conmigo.

Algo raro estaba pasando.

Por un lado, mi mamá andaba como cabra chica con Karla, acordándose de cosas del colegio, pelando a unos profesores antiguos y hablando de los “minos” del curso (que ya estaban pelados y gordos, comentaban). Hasta se le olvidó ir a regar sus plantas. Me las imaginé de jumper a las dos, pero viejas como están. Raro.

Por otro lado, mi papá andaba un poquito ausente. Ni se le escuchaba toser. Lo usual es que siempre andamos hablando de leseras. Por ejemplo, intenta enseñarme las cosas que a él

le gustaban cuando era niño (y arrienda unas películas FOMES de terror que dan más risa que miedo. La última fue “El cerebro que no podía morir”). O lo otro que hacemos, cuando es fin de semana, es que me lleva al mercado Persa, a buscar revistas viejas. Pero no. Esta vez andaba como ido. En la tarde avisó que se iba a comentar un restaurante coreano. Mi mamá lo amenazó con echarlo de la casa si comía cosas hediondas, pero mi papá le dijo que eran “gajes del oficio”.

De a poco sentía cómo mi cabeza se iba desinflando, como después de las pruebas, cuando uno elimina la materia del disco duro. Ya tenía claro que me tocaba ir al colegio al día siguiente. Estaba ordenando mis útiles, el Beltrán se estaba bañando (y se creía ballena, ocupiendo agua fuera de la tina) cuando se me ocurrió ir a la cocina a buscar un jugo. Les juro que no me gusta andar espiondo, pero lo que escuché tenía que ver con un cambio en nuestras vidas.

Ni alcancé a entrar a la cocina.

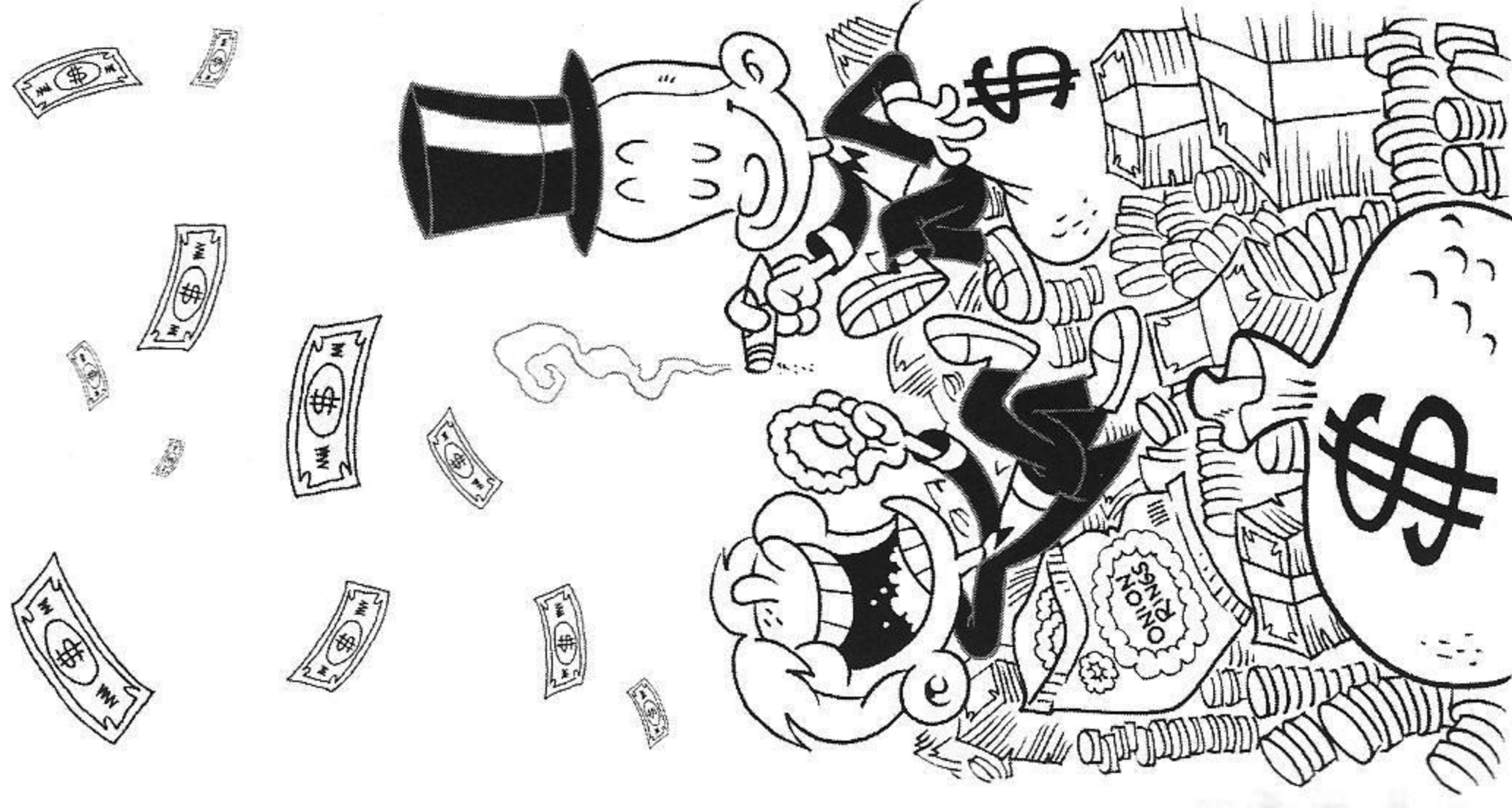
—Sabes, Karla —estaba diciendo mi mamá—, el tío Leo sólo comía lechugas y vivía como un ermitaño. Era muy, pero muy ahorrativo. Y por lo mismo, parece que nos va a llegar una tremenda herencia.

¿Ricos? ¿Íbamos a ser unos Cabellos ricos? ¿Por eso mi papito andaba medio ausente?

Me di la media vuelta y me fui bien callado a la pieza.

Pucha que me costó dormirme esa noche. Soñé que comía aros de cebolla y papas fritas el resto de mi vida. Y que Aarón estaba al lado mío fumando un puro.

Bien raro el sueño, porque el Aarón no fuma. A lo mejor el olor de los puros de Karla me estaba invadiendo el cerebro. Puf.



## Un aterrizaje rosado

Sé que he estado un poco latero, pero la vida a veces es un poco lenta. Y la nuestra, hasta ese día, era casi normal. Cuando me fui al colegio todo era igual que siempre, pero cuando volví ya no. Ni les cuento del recreo, ni de las clases, ni sobre miss Coddou (que todavía no nos entregaba las pruebas). Tampoco les contaré de una nueva niña del curso, Marilú, que tiene puras cosas rosadas (chapes, calcetines, lápices, etc, etc. y un etc. rosado también) y que no para de hablar. ¿Para qué les cuento? Es que nada se compara a lo que me encontré al volver a mi bello hogar.

Cuando entré, arriba de la mesa de la cocina había un árbol enano. Igual a uno gigante, pero pigmeo. Era como un árbol Barbie, aunque no era rosado (como Marilú). Mi mamá andaba feliz como cabra chica, lo que ya no era novedad (lo de cabra chica).

—Julito, mira. Este es un bonsai. Tiene veinte años.

¿Veinte años esa cosa chica?

—Y te pido que me ayudes a cuidarlo. No se puede morir porque es tremendamente caro.

¿Mi mamá hablando del precio de las cosas? Raro.

Se me prendió una alarma.

—Mamá, ¿de dónde sacaste plata para comprarlo?

Ahora a ella se le prendió la alarma.

—No te preocupes, mi amor. Eran unos ahorros que tenía guardados...

¿Ahorros? ¿Mi mamá que siempre se queja de lo caro del dentista?

—Ah, ya —dije, mientras Beltrán se acerca— a agarrar ese árbol que parecía de juguete.

—No, mi amor. Ese árbol es de la mamá, no se juega con él.

Beltrán puso una cara de taimado tamaño gigante. Pero se le pasó al tiro porque justo miró por la ventana hacia el patio. Y abrió la boca tamaño aspiradora, como cuando come cubritas.

—¿Gúa, mamá? —dijo.

—Sí, mi amor, pero no es una grúa. Lo que hay en el patio es una retroexcavadora.

¿What?

Si me lo cuentan, no lo creo. En la mitad del pasto medio seco del patio había dos maestros y una máquina amarilla gigante. La “gúa” del Beltrán. La misma-misma de “Bob, el constructor” que se llama Scoop. Pero esta no era a pilas.

## Doble plop

Un árbol enano y una máquina gigante. Y eso era sólo el comienzo. No alcancé a decir nada cuando entraron a la cocina dos maestros.

—Señora —le dijeron a mi mamá—, ¿es posible que nos dé algo para almorzar? Con el apuro no alcanzamos a traer nada.

Justo en ese instante iba entrando lentamente la Clementina. Se notaba que había escuchado y que no tenía ninguna intención de cocinar para más personas. Menos considerando que con Karla ya éramos más.

“Señora, por ningún motivo...” empezó a alegar. Y, de improviso, se calló. Se quedó igual que el Beltrán con la grúa, pero mirando a uno de los maestros, el más viejo.

—Señora... —volvió a decir, como pensando o tratando de rebobinar—. Hoy día voy a hacer porotos, creo. Y se rió.

Ese fue el comienzo del amor entre Clementina y Escolástico (que era como se llamaba el maestro).

Amor prehistórico, digo yo.

Todos se estaban volviendo locos en la casa. ¿Se habrán intoxicado con algo? ¿Había algo en el agua? Estaba pensando que mi papá era el único cuerdo, cuando apareció en la cocina.

—Buenas tardes, don Escolástico, buenas tardes, Justiniano —le dijo al maestro más joven—. ¿Cuándo van a comenzar a hacer el hoyo?

Ah. Un hoyo.

—¿Es un hoyo para enterrar al tío Leo? —se me ocurrió preguntar.

Entonces vi que todos me miraban como si yo fuera el loco. Qué susto.

—No, Julito. Es para construir una bodega subterránea donde guardar mis vinos: una cava —respondió mi papá, que estaba fétido a algo picante y fermentado, tal como había pronosticado mi mamá (esos no son “gajes” del oficio, creo. Más bien son “gases”).

“¿Una cava, papá?” —pregunté, muy pero muy confundido.

—Sí, Julito. Tú mamá me dio la idea anoche, pero parece que fue de Karla (mi mamá movió la cabeza diciendo: “Sí”). Y es una muy buena idea. A mí no se me habría ocurrido. Por fin voy a poder sacar los vinos del clóset.

## Y lo que faltaba

**P**ara terminar con la locura general, entró Karla a la cocina. La Clementina ya estaba haciendo un montón de huevos revueltos (nada de porotos) y hasta silbaba (como un velociraptor, ja), los maestros ya habían salido al patio, mi papá se había ido con su olor a otra parte (a escribir su crítica coreana) y mi mamá estaba con el Beltrán mirando por la ventana. Mi hermano chico estaba como loco, mientras el resto estaba loco de verdad.

Entonces Karla, lentamente, puso una lata rara que andaba trayendo, al lado del bonsai. Era una lata vieja, como las que hay en el almacén de la esquina. Pero no era jurel tipo salmón.

—Miren —dijo—. Quiero compartir esto con ustedes. Este es mi tesoro.

—¿Qué dice en la etiqueta? —pregunté, ino-cente. Y, también, porque estaba escrita en otro idioma.

—Dice “caca de artista”, en italiano.

Fue entonces cuando conocí, frente a frente y en directo, la obra de Piero Manzoni, el tipo súper talentoso del que ya les hablé.

Parecía película de terror. Y mala, como las de mi papá. De repente pensé que un montón de extraterrestres había raptado a mi familia y los había reemplazado por alienígenas, preparando una invasión. A lo mejor lo del patio iba a ser una cancha de aterrizaje para ovnis. Y la cava era una excusa. Y como el Aarón siempre ha pensado que mi papá es medio marciano, fui de inmediato a llamarlo para que viniera a la casa.

Necesitaba un terrícola a mi lado.

¡Socorro!

## Salvemos a la Tierra

Estábamos en mi pieza comiendo pan con palta con el Aarón, que había llegado en tiempo récord, mientras le contaba todo. Me dijo “hum”, “uh” y hasta “oh”, porque todo era realmente una locura. Hasta que llegué a la famosa lata. Entonces se rió y me dijo: “Es la plata”. —¿La lata? —le pregunté.

“La plata, sordo, la herencia”, me dijo y se quedó mascando el pan, antes de pegarse al computador a alimentar sus mascotas virtuales. Y ahí me crujió la cabeza. Claro.

Plata = bonsai.

Plata = cava.

Y Karla, que lo más valioso que tiene es la lata esa, se puso a mostrarla como para comparar juguetes caros. No lo digo de mala onda. Yo hago lo mismo. Cuando me consigo un juego nuevo se lo muestro hasta al Beltrán, que no entiende nada de video juegos.

Pero, volviendo a lo importante, debo reconocer que Aarón es mi amigo y que, a veces, como ahora, es mi héroe. La transformación de mi casa tenía que ver con la famosa herencia del tío Leo. Por eso en mi patio había ahora un hoyo gigante y en la cocina un árbol enano que parecía un brócoli caro.

No es que me haya tranquilizado con la explicación, pero por lo menos mi familia seguía siendo humana. Era la plata no más. Aunque la transformación de la Clementina no tenía que ver con eso y, además, era un fenómeno más fósil que humano.

Qué malo que soy.

## Fin de semana de locos

Por suerte el Aarón se quedó a dormir ese jueves. Una vez vi una película vieja-vieja (de mi papá, obvio) en que todos los humanos de la Tierra se convertían en vampiros y sólo quedaba uno normal, encerrado en una casa, defendiéndose todas las noches para que no le mordieran el cuello. Eso soñé. Brígido.

Después, el sueño se puso mejor y yo era un dibujo animado japonés que tenía que salvar a la Tierra de la invasión de una lata tóxica gigante. La lata de Karla, obvio.

El problema es que le tiraba unos rayos y en vez de sangre, adivinen lo que chorreaba.

Qué tóxico. Por suerte me desperté.

A la mañana siguiente fuimos al colegio bien normales, pero la cocina de mi casa (que parecía el epicentro del terremoto Leoncio) ya estaba mostrando algunas réplicas.

Yo, bien piola, me dediqué a espiar lo que hacían los “adultos”.

Mi papá estaba revisando los diarios para buscar remates de vinos antiguos.

Ya tenía unos marcados con el lápiz.

Mi mamá estaba viendo otros diarios, revisando anuncios de venta de plantas raras.

El Beltrán, que ahora usa pañales sólo de noche, estaba sentado arriba del resto de diario. Y se notaba, de puro olerlo, que no estaba interesado en ningún remate. Fue la Clementina la que se dio cuenta de que lo único que le interesaba a mi hermano chico era que lo cambiaran, porque se había pasado. Y su arma era peor que el de mi papá después de la comida coreana. Dijimos chao con el Aarón (“hum-chao”, dijo él) y nos fuimos a un lugar donde nadie conocía la palabra “herencia”: el colegio. Ese jueves nos tocaba con miss Coddou, que ya me caía bien. No es que fuera particularmente simpática (a Sepúlveda no le simpatizaba nada), pero sus clases tenían algo que me hacía bien.

No se imaginen un libro como “El niño que

enloqueció de amor". Qué rancio. La profe no me gustaba así, pero lo paso bien con ella. Y qué.

El asunto es que trajo las pruebas y en pocas palabras nos dijo que éramos un poco insensibles. La palabra exacta que usó fue "burros". ¿Qué quieren que les diga? ¿Que iba a llamar al teléfono de denuncia del maltrato infantil? No. Después de escuchar lo que todos escribieron, me di cuenta que "burro" era una palabra elegante. Éramos peor que eso. Confieso que me sentí podrido de tonto y hasta me reté a mí mismo (porque puse puras leseras, como que "el arte es artístico"), hasta que la miss nos dio una tarea.

Y tampoco me van a creer qué tarea nos dio: que fuéramos a una exposición que se iba a inaugurar en el Museo de Bellas Artes la próxima semana. La exposición de una artista cuyo nombre partía con la letra k.

## Quiero arrancarme

¿He hecho algo mal en mi vida? ¿Hay alguien allá arriba que quiere castigarme? Lo que par-tió siendo un día lleno de nombres se estaba convirtiendo en una semana llena de coincidencias extrañas.

Mis papás a veces dicen que "el mundo es un pañuelo". Eso quiere decir que es chico y que terminamos topándonos, aunque a veces creo que significa que todos somos como moscos en él. Un asco.

Esa tarde cada uno seguía en su propia onda. Y la onda más ruidosa era la de Escolástico y Justiniano. Ya llevaban avanzada una buena parte del hoyo, trabajando con la "gúa". Era cosa de ver el vidrio de la cocina, lleno de baba y colado de pollo, para darse cuenta de que el Beltrán había pasado todo el día pegado a la ventana viendo a sus nuevos héroes.

El ruido era mucho y parece que yo no era

Yo sí, iría, pero si me invitan. Ni loco pago una entrada para ver eso. Y tendría que ser con cabritas. Sino, no. Y con una bebida de esas grandes (que además son muy caras...) ¡Te cobran el precio de una bebida entera por un solo vaso!

## Un día cualquiera

Antes de empezar con mi descripción de toda esta locura, tuve que buscar algo en internet. Podría haber mirado en una enciclopedia de arte, pero es mucho más difícil. Es que son unos libros más pesados que un diccionario porque traen kilos de fotos.

Sé que les va a costar creer esto y tiene mucho que ver con lo que sigue a continuación. Ni yo lo creería si me lo contarán. Si Aarón me lo dijera, iría a ver el calendario para ver si ya es 28 de diciembre, Día de los inocentes.

Pero es verdad.

Busqué el nombre Piero Manzoni.

¿Quieren que les cuente qué hizo Piero Manzoni? Si hay cosas raras en la vida, esta es la más requetecontraextraña de todas.

Como imagino que están echados en la cama leyendo y que les da una lata patética levantarse a averiguar quién es Manzoni, este es un resumen de la cuestión (que insisto: **ES VERDAD**,

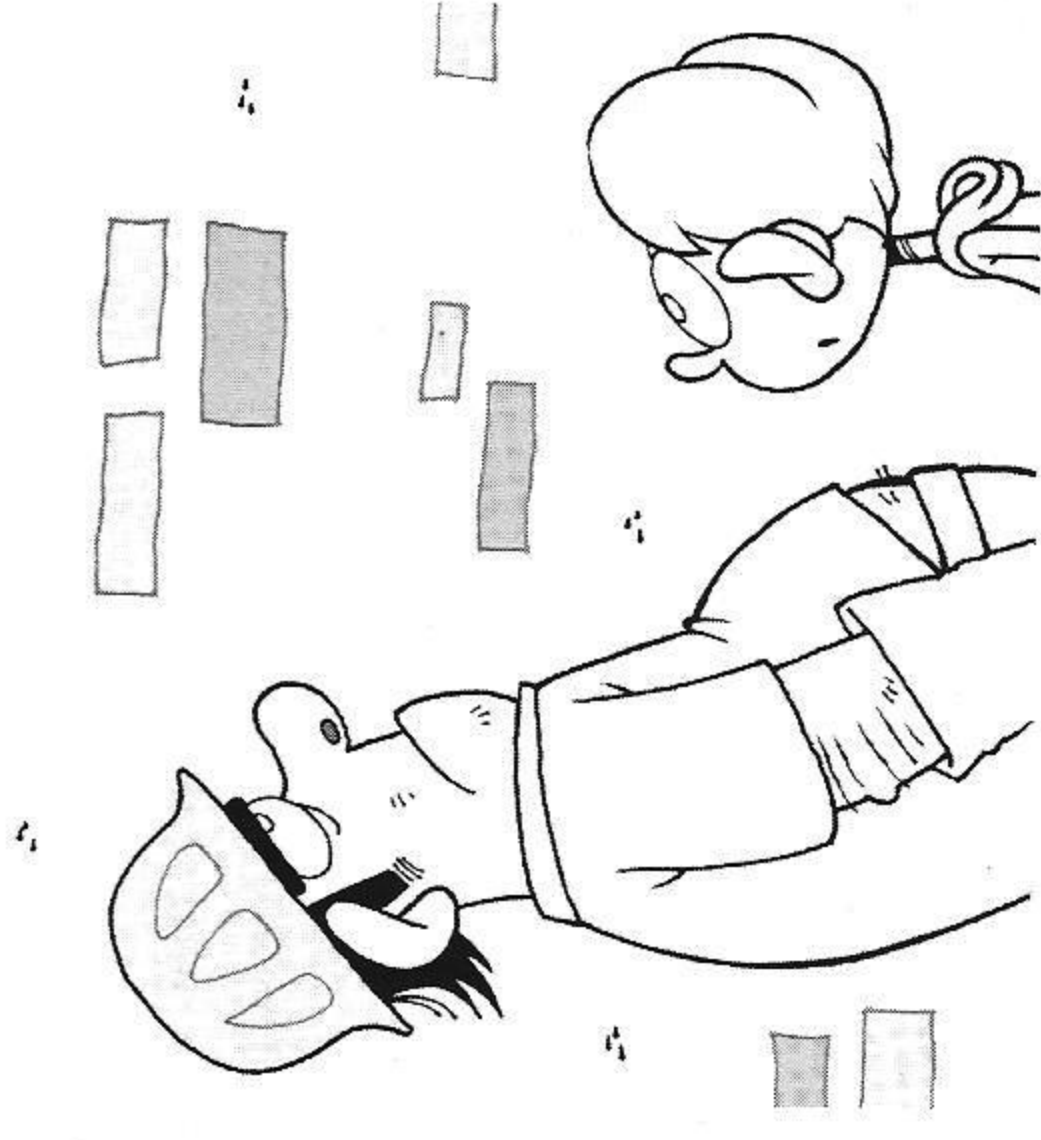
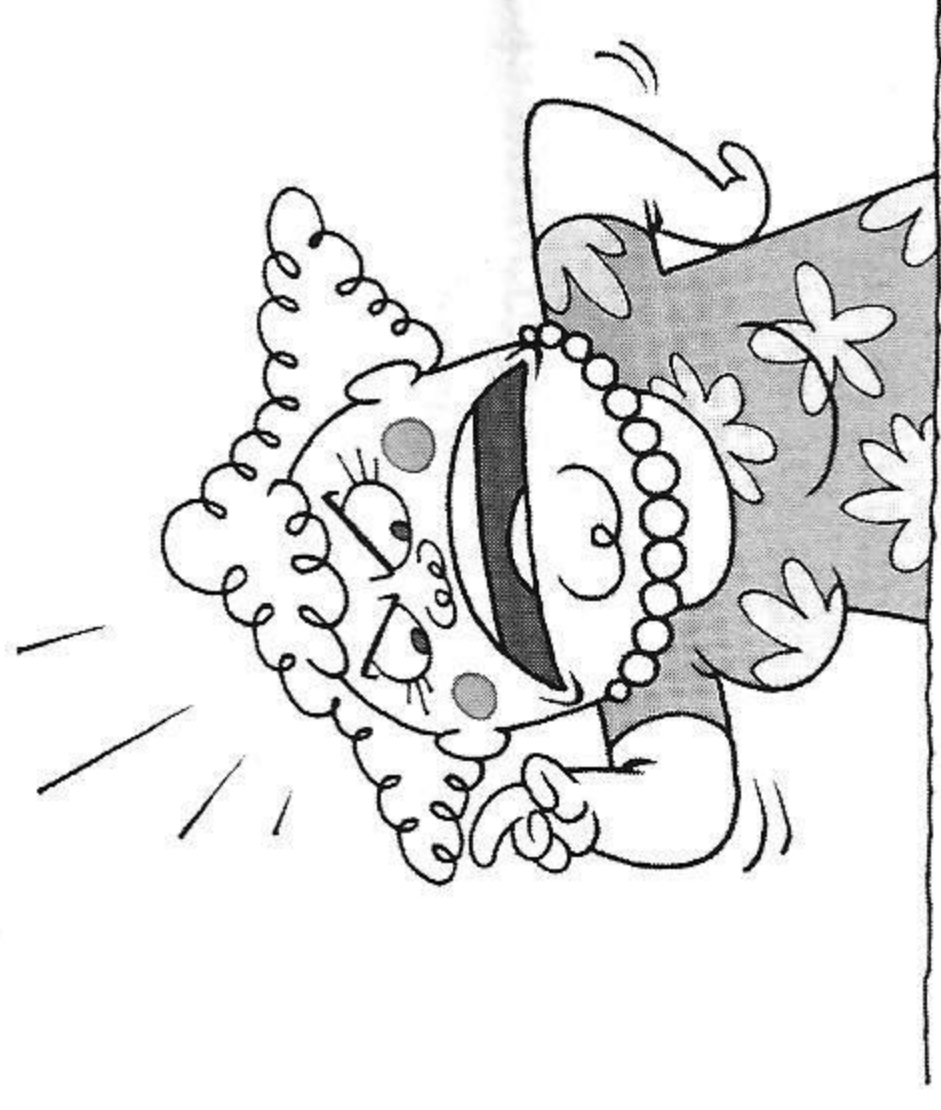
el único que opinaba así. Asomada por arriba del muro del patio vi la cara de la señora Petunia, una de nuestras vecinas, alegando que no la dejaban dormir siesta.

“Los voy a denunciar a la Municipalidad”, estaba diciendo, con una cara de mala onda espectacular, como para copiársela cuando a alguno de mis papás se le ocurriera retarme por algo.

—Señora, tenemos los permisos en regla — le dijo Justiniano Carrasco.

—Veremos si lo están —les escupió doña Petunia, hasta con gotas de saliva de puro rabiosa que estaba, y desapareció como los títeres de cumpleaños de cabro chico: de repente. Yo creo que se le cayó la silla de pura rabia y se fue de poto al suelo.

Escolástico y Justiniano se miraron, se rieron y siguieron con la poca silenciosa fabricación de su tremendo hoyo. No sé cuántos vinos pienza poner mi papá ahí, pero van a tener que ser muchos. Estaba calculando eso (como un millón de botellas, creo) cuando entró, precisamente, mi papá a la cocina. Andaba súper



misterioso y con una caja de madera debajo del brazo.

—Hola, Julito —me dijo, antes de irse directo a su escritorio. Y sin toser nada.

Yo, que andaba medio espía, lo seguí y antes de que cerrara la puerta puse mi cara de “mateo de la primera fila”.

—Papá ¿qué es eso? —Le pregunté MUY INTERESADO, apuntando a la caja.

Mi papá, que no sabe mentir y por eso lo quiero tanto, se enredó entero.

—Eh, hum, son unos vinos que me acabo de comprar. Son una gran inversión, Julito. Si llego a venderlos en unos diez años más, creo que podrían servir para pagar tu universidad.

Oh, no. Nuevamente la plata.

—¿Tan caros van a ser, papi?

—Cof, cof. Creo que sí.

—Eso significa que ya son MUY caros.

—Ese es un tema que no le compete a los niños, Julito, cof. Ahora, por favor, necesito escribir una crítica. Anda a hacer tus tareas o a jugar con tu hermano.

¿Mi papá echándome elegantemente de su escritorio? Nunca, nunca, nunca había pasado eso en esta casa.

No entiendo nada.

## El pequeño bosque

Me di la media vuelta mientras mi papá se encerraba, o más bien se escondía, en su escritorio. Yo iba arrastrando los pies por el pasillo, víctima de maltrato psicológico, cuando me encontré frente a frente con mi mamá. Creo que la cara de "pillada en falta" que puso era igualita a la de mi papá. Intentó esconder algo, pero ya era demasiado tarde.

—Mamá, ¿qué es eso?

—Eh, hum, es un bonsai, Julito.

—¿El bonsai de ayer? —pregunté con harta mala intención porque se notaba que no era el mismo.

—No, no. Ese era un roble. Este es un alcornoque.

—¿Otro bonsai más?, ¿no eran tan caros?

—Julito —comenzó a decirme mi mamá—, lo importante es lo bonitos que son, no cuánto cuestan.

—Sí, mamá, es verdad. Y ese parece que es muy lindo.

Entonces mi mamá, bastante más relajada, en tiempo récord, me mostró su segundo árbol enano.

—¿Cierto que es bonito?

—¿Quieren que les diga la verdad? Sí, un árbol enano, igualito a uno grande, es súper bonito. Pero apenas lo vi me imaginé un perro miniatura levantando la pata y haciendo pipí en él. No pude evitarlo. Lo siento.

Pero no le dije eso a mi mamá.

—Es bien lindo, mamá —dije con mi mejor sonrisa.

—Sí, es súper lindo —respondió ella, yéndose bien rápido con su segunda compra.

## El factor "oinc"

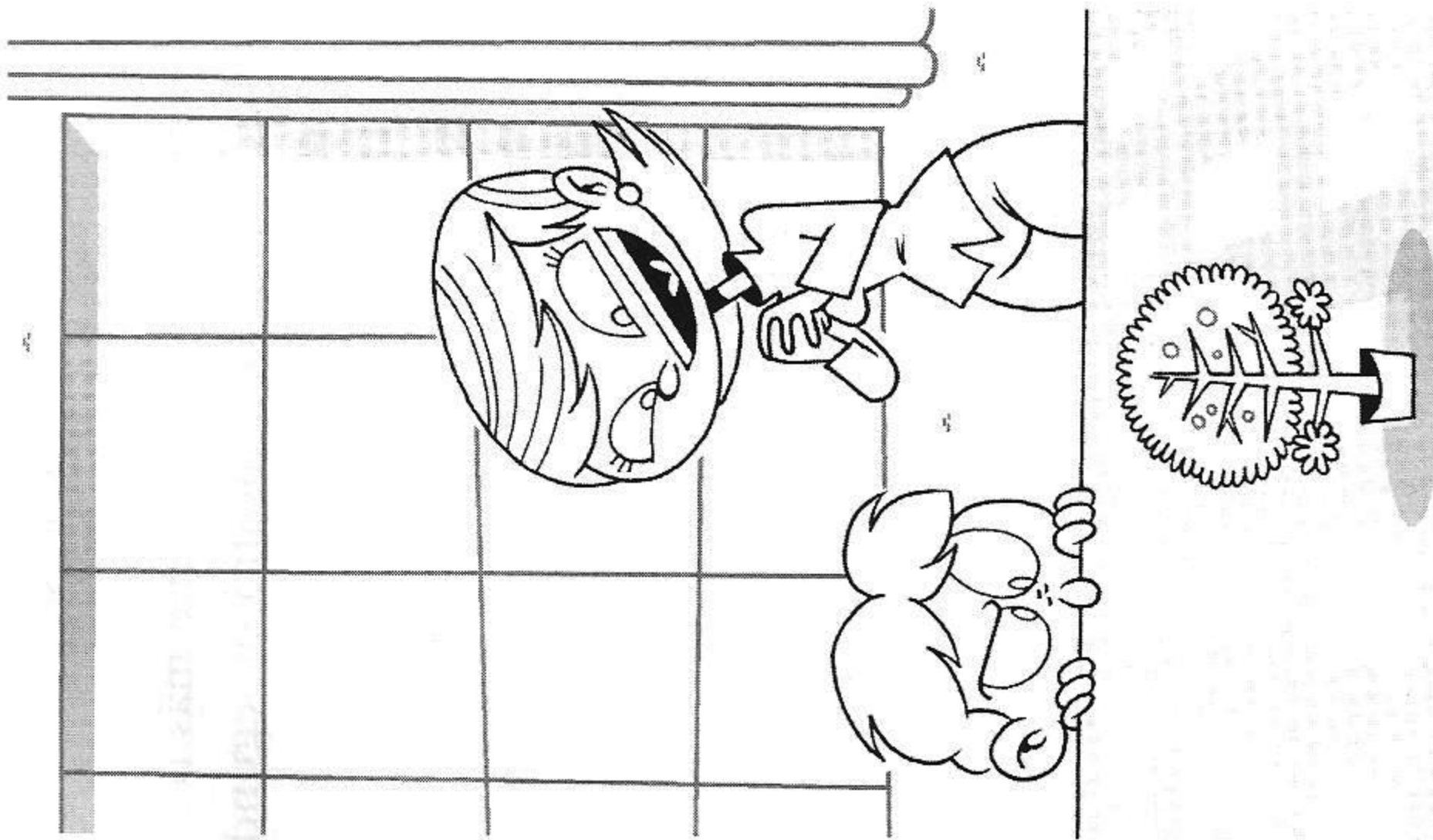
Mi mamá y sus arbolitos. Mi papá y sus vinos. Y Karla, creo, dando sus consejos de cómo y en qué gastar.

Sorry, pero en menos de cinco días mi familia cambió mucho. Antes éramos un ejemplo de ahorro. Nunca se hablaba de plata. Tomábamos jugo en polvo para no gastar en bebidas. Y ahora éramos un caso clínico de despilfarro. De puro imaginar que los vinos de mi papá en su clóset son como veinte, lo que va a tener que gastar para llenar su cava va a ser mucho. Y mi mamá parece que quiere llegar a ser guardabosques de un montón de bonsai. Estaba pensando en eso cuando mi simpático hermanito entró a la cocina.

—Uiiiiiiitooooo —dijo como cantando.

Después del yogurtazo, esta vez no bajé la guardia.

—¡Sí, Beltrán?



—Gúa linda —dijo apuntando al patio.

—Sí, gúa linda.

—Onsai lindo

—Sí, bonsai lindo.

—Olástico lindo.

—Sí, Escolástico lindo.

—Caca linda.

Y entonces lo olí. Termonuclear.

Como yo ya no era el adulto, agarré a Beltrán de la mano y lo llevé donde la Clementina. Ni loco lo cambiaba yo. Entonces me dijo algo que no entendí.

—Ancho lindo.

—Perdona Beltrán, pero no te entiendo.

—Ancho lin-do —me repitió, como para que lo entendiera.

—¿Ancho?, ¿qué es ancho?

Entonces se puso en cuatro patas y dijo “oinc, oinc”.

¡¿Chancho?!, ¿un chancho?, ¿dónde hay un chancho en esta casa?

Como el Beltrán es igual a un micrófono con grabadora (aunque la grabadora no funciona muy bien), me quedé bien metido con esto del

posible chancho. Llegamos donde la Clementina y le pasé en sus manos al chicoco. Ella estaba haciendo las camas, len-ta-men-te, y agarró al Beltrán para llevárselo al lavatorio. Mientras le lavaba el poto, el Beltrán decía muy feliz: “Oinc, oinc”.

¿Qué significará todo esto?

## Fiebre de viernes por la noche

Como me di cuenta de que iba a tener que espigar un poco ese fin de semana, hice mis tareas para el lunes al tiro. Hubo una de Cien-cias que dejé para después porque tampoco hay que ser TAN eficiente.

Llamé al Aarón y llegó más rápido que pizza a domicilio. Creo que andaba igual de intrigado que yo, aunque ni se le notaba, hum. Después de pasar la tarde "internetando" en mi dormitorio, escuchamos el llamado a comer.

Fue de película. Había velas, unos platos elegantes que nunca había visto y servilletas de género. Yo, que estoy acostumbrado a la toalla nova, nuevamente no entendí. Entonces vi unas cosas negras redondas y chicas en un plato. Las olí y parecían pescado. En una cosa de metal con hielo había una botella gigante de champaña. En una bandeja "reposaban", como dicen los críticos (o sea, mi papá), unas almejas

raras, como viejas y medio negras. Y la Clementina tenía puesto un delantal nuevo.

Con el Aarón nos miramos con cara de plop. Entonces entraron mi mamá y Karla. Después llegó mi papá. Se sentaron, él abrió el champaña, sirvió (a nosotros nos dieron bebida, ¡bebida!), tomó un tenedor y le pegó despacito a la copa.

—Familia, atención.

No tenía ni que decirlo. Estábamos muy atentos.

—Esta cena especial es para celebrar. Mi tío Leo, que falleció esta semana, nos dejó una herencia. Todavía no sabemos cuánto es, pero parece que no es pocof.

El discurso iba perfecto, pero ahí comenzó a toser.

—Cof. Por eso, cof, esta noche celebraremos en su honor, cof. Gracias a Karla, cof, se nos ha ocurrido tener ostras y caviar. Y un buen champaña, cof.

Ah, "eso" eran ostras (almejas negras) y caviar (huevos raros).

—Propongo un brindis por mi tío Leo. Salud.

Si el Beltrán hubiera estado, porque estaba en el más profundo de los sueños, hubiera hecho "salú". Le encanta. Lo hace con la mamá y hasta con el pan.

Nos miramos con el Aarón y brindamos no más. Finalmente mi papá me había soltado la verdad. O una parte de la verdad, porque todavía no sabía qué era eso de "ancho".

## Un nuevo familiar

Mañana de sábado. Me desperté con la famosa "gúa", que ya estaba trabajando. El Aarón roncaba igual que los dibujos animados. Hasta tenía un globo de moco en la nariz. Lo desperté y nos fuimos a la cocina.

La Clementina estaba un poco nerviosa, aun que parezca raro decirlo. Se movía de un lado para otro, limpiaba mucho y se pasaba mirando en dirección a don Escolástico. Tomamos un desayuno con leche y pan, mirando para todos lados muy atentos por si algo extraño, o más extraño, estuviera pasando.

El Beltrán parecía un angelito de pesebre: bueno y tieso. Mis papás ni se asomaban, por que en la noche se habían tomado todo el champaña y se habían comido todo el caviar, que tenía un gusto súper fuerte y raro.

Y, bueno, ahí estábamos, mascando el pan, cuando sonó el timbre. El Beltrán dijo: "Oinc".

La Clementina levantó el citófono y puso cara de muy seria: "Sí, pueden entrar". Fue entonces que se sumó un nuevo miembro a la familia Cabello.

Cuando se abrió la puerta entraron dos señores trayendo algo que yo nunca había visto frente a frente. Conozco las jirafas, conozco los perros, los gatos, los hamsters y hasta un ratón (estaba nadando en el wáter). Pero nunca había visto un chanchito tan de cerca. Mi máxima cercanía con uno había sido un sándwich de jamón.

—¿Dónde lo ponemos? —le preguntaron los señores a la Clementina.

—Llévenlo al patio. Y pregunténtenle a don Escolástico dónde lo ponen.

Un chanchito. ¿Qué hace un chanchito en mi casa?

Mi papá, que es bien antiguo, dice "como chanchito en misa". Eso significa que es algo muy raro. Y esto era aún más raro que eso. Era un bicho gigante, medio hediondo, gruñón, con cola de sacacorchos, entrando a mi casa. Y, además, tenía como un aro de plástico en la oreja, con unos números.

¿Un chanchito con piercing? Ahí entendí el "oinc" del Beltrán. Debiera tenerle más fe al chichóco. El Beltrán nunca falla (aunque a veces sí, cuando hace pipí fuera del wáter).

## Don Porky

Se llevaron al chanco al patio. Ahí don "Olástico" lo agarró y lo amarró a un poste, al lado del hoyo. El chanco gritaba ene. No era para menos, estaba en una casa que no conocía. Y entonces apareció de nuevo nuestra vecina, doña Petunia, otra vez como un títere arriba del muro.

—Esto es ilegal. No pueden tener animales de campo en la ciudad —partió diciendo.

—Yaaaa —le dijo don Escolástico.

—Ahora sí que los voy a denunciar a la Municipalidad. Les repito, esto es ilegal.

—Yaaaaa —dijo de nuevo don Escolástico, el héroe de la Clementina, que lo miraba desde la cocina con cara de amor.

—¡Saquen a esa cosa de acá! —dijo doña Petunia, subiendo la voz hasta ponerse muy chillona.

Hasta el chanco se había quedado callado.

El único ruido en el barrio era doña Petunia, que se iba poniendo de un color rojo furioso.

—¿Oinc? —dijo el chanco, como preguntándose el porqué de tanta hostilidad en su contra.

—Fuera, lo quiero fuera de este barrio —alcanzó a decir doña Petunia, antes de caerse nuevamente de la silla.

En el cable dicen que los chanchos y los pulpos son hasta más inteligentes que los perros. Lo creo. Les juro que el chanco como que se rió con la desaparición de doña Petunia.

Vaya, un chanco. Mi papá es medio chanco, por todo lo que come. Este, en cambio, era un chanco de verdad.

Le voy a poner "Porky Pig". No es muy novedoso, lo sé. Es como ponerle Bambi a un ciervo. Pero mala suerte no más, es el único nombre de chanco que conozco. Aunque como tiene piercing, mejor lo llamo "Porky Punk". Seco.

## Un sábado irreal

La pregunta es: ¿Por qué llegó Porky Punk a nuestra casa?

No creo que se trate de un amigo de la infancia de mi papá, como Karla es de mi mamá (broma). Tampoco creo que sea uno de sus colegas, críticos de restaurantes, de visita (sí, perdón, otra broma).

Como andaba de espía, decidí que a lo mejor Beltrán me podía dar una pista. Ya había resultado una vez.

—Hermanito pequeño y precioso...

—¿Hum? —dijo el Beltrán, sospechando de inmediato de mi excesivo amor fraternal.

—¿Sabes tú para qué quieren al chanchito?

El Beltrán se puso a mirar el horizonte, como Karla, se quedó callado y preguntó.

—¿Oinc, ulito?

—Sí, oinc, Beltrán, ¿para qué lo quieren?

—¿Oinc, oinc?

Yo ya estaba perdiendo la paciencia. Y el Aarón, que estaba detrás de mí, también. Hasta dijo: ¿Hum?

Entonces el Beltrán pescó un pedazo de pan con paté y me lo mostró.

—Pan con oinc, ulito.

Más claro, imposible. Nadie compra un chanchito para tenerlo de mascota. Aunque con mi papá (porque si el asunto es comestible, tiene que ver con él) uno nunca sabe. Nos miramos con el Aarón, miramos a Porky Punk en el patio y a partir de ese instante juramos sólo comer pan con palta. Total, las paltas no dicen nada. Menos "oinc".

con mayúsculas). Este ARTISTA (ja, ja, artista) tomó un montón de caca y la enlató, como si fuera atún. Y no sólo eso: la vendió como obra de arte. Les puso número a noventa latas y una etiqueta que en italiano dice "caca de artista".

¿Piensan que esto es ordinario? Pues están equivocados: en verdad es extra-ordinario, súper-ordinario, mega-extraordinario. Y también fétido, creo.

El problema es que el pobre de Manzoni, no sé si porque se agotó con tanto talento artístico, se murió unos años después de su magnífica creación. Entonces, y como todos saben, lo escaso se vuelve caro (un ejemplo son los diamantes, algunas cartas de Magic o los lápices cuando hay prueba y justo se me olvida llevar uno). Pero Manzoni nunca supo de su éxito (porque se murió, insisto) y sus latas llenas de hediondez (encontré un sinónimo, vaya) siguen subiendo de precio mientras pasan los años. Algo parecido ocurre con los vinos de mi papá: los tiene años de años guardados en su ropero y ahí suben y suben de precio. La diferencia es que mi papá igual se los toma y

nunca los vende, aunque dice que son una inversión.

En cambio, si alguien abre una lata de Manzoni, deja de ser una obra de arte. Y olvidense del olor.

## Mi padre el carnicero

Con Aarón seguimos en nuestro plan detectivesco. El objetivo era saber cómo iban a terminar los días de Porky Punk. Y la respuesta sólo podía estar en la zona enemiga: el escritorio de mi papá. En otra circunstancia, ni loco me meto en sus cosas. Tenemos un pacto. Él no entra en mi pieza y yo no le intruseo sus cosas. Pero este caso era distinto. Había una vida inocente en juego.

Le preguntamos a la Clementina dónde estaban mis adorados papá y mamá. "Fueron a comprar, parece" dijo, mientras seguía mirando hacia el patio, en dirección hacia Escolástico.

Ya es como mucho ¿no?

Pero bueno. OK. El campo estaba despejado. Fuimos bien callados y abrimos la puerta del escritorio. Ahí entendí porqué mi papá nunca me molesta con el desorden de mi pieza.

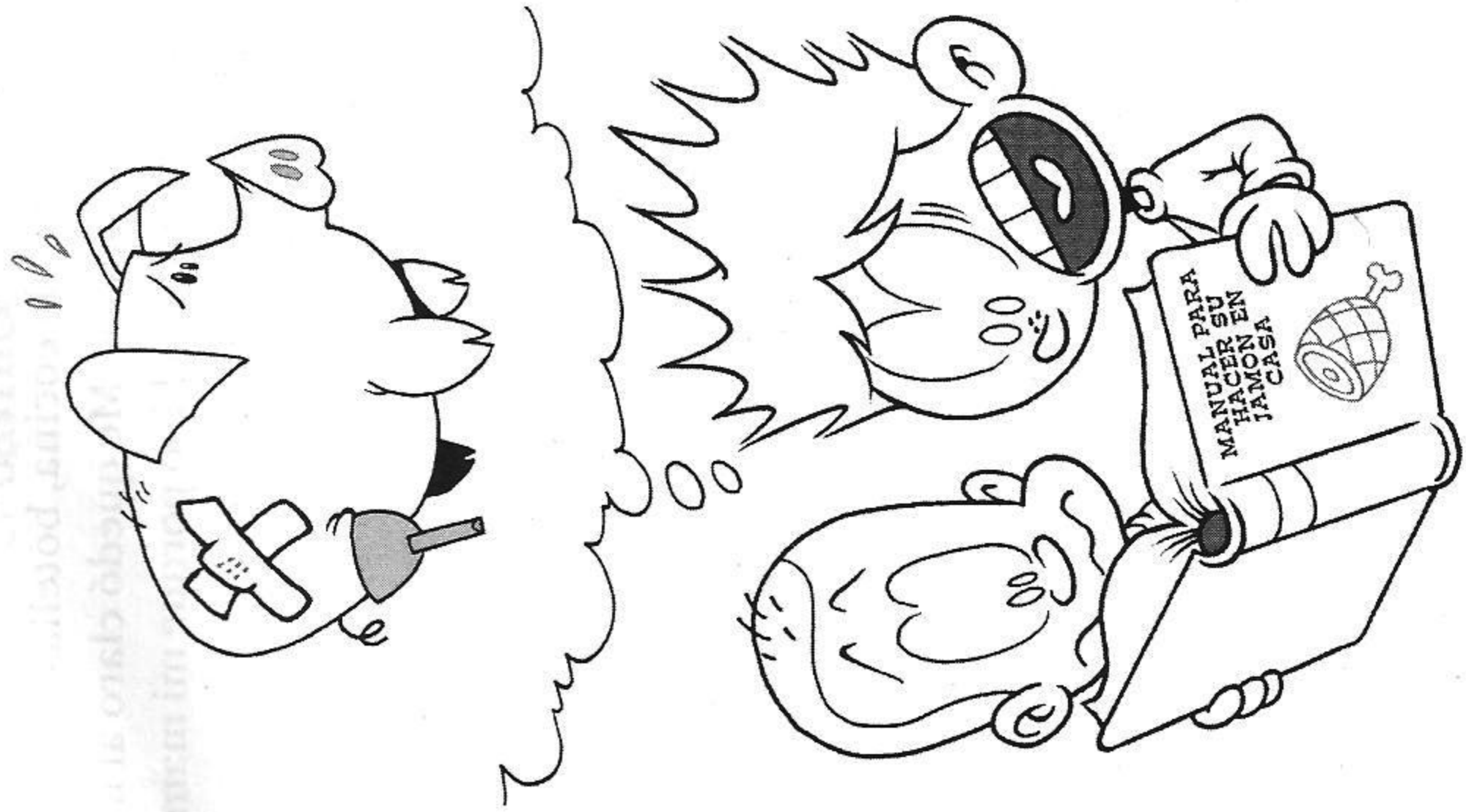
Montones de cajas con papeles viejos, torres de libros y revistas de cocina, botellas de vino, tazones de café sucios. Me quedó claro al tiro de dónde heredé lo cochino porque mi mamá, en cambio, hasta huele a flores.

Con el Aarón nos pusimos a buscar alguna pista, sin mover nada, pero el desorden era tanto que todas las cosas estaban debajo de otras que estaban debajo de otras más. Llevábamos como quince minutos, cuando el Aarón me mostró algo. Debajo de una lata de gusanos orientales (¡qué asco!) había un libro nuevo con un chanchito en la portada. Se notaba que el libro era nuevo porque estaba limpio y sin polvo. Tuvimos que mover un poco la lata para ver el título:

"Manual para hacer su jamón en casa"

Lo primero que me imaginé fue a Porky con cara de pena, con una pata de palo en reemplazo de la que le habían sacado para convertirla en jamón. Y, además, tenía un parche en el poto porque le habían cortado la cola para convertirla en sacacorchos.

Casi lloré.



## La tarea psicológica

Fuimos con el Aarón al dormitorio para plantear un rescate. Porque el pobre chanchito era prisionero de un caníbal, mi papá. Nos metimos en internet para encontrar alguna idea. Y pusimos la palabra “rehén”.

Después de leer un kilo de información, quedamos expertos en el tema. Resumiendo: lo más importante de todo es saber negociar con el captor (papá) para que suelte al rehén (chanchito) sin hacerle daño. Y hay algo muy importante: que no pase el “síndrome de Estocolmo”. Sé que suena como a enfermedad latera, pero por lo mismo tiene remedio. Es SÚPER importante que el rehén NO SE HAGA AMIGO del que lo tiene prisionero, sino todo se pudre y se pone súper difícil liberarlo. Si ocurre la cuestión de Estocolmo, no quiere que lo dejen libre. Quiere quedarse con su nuevo “amigo” (¡qué susto! Y, justo ahí, se lo come).

Con el Aarón quedamos agotados de tanto estudiar, pero todo era por el chanchito, que andaba feliz de la vida en el patio, sin saber que iba a terminar en una olla.

Nuestra siguiente tarea era estudiar la psicología del rehén, para poder ayudarlo. Pero ¿qué pasa por la cabeza de un chanchito? Con el Aarón, en cambio, tenemos nuestras cabezas como papa de tanto pensar, hasta que, nuevamente, mi amigo abrió la boca.

—Oye, ¿te acuerdas de la tarea que nos falta hacer?

¡Ah, no! ¿Más estudio?

—Anda a ver el cuaderno, Julito, ¿OK?

Era la tarea de Ciencias que había dejado para el domingo en la tarde. Obvio. Hice caso, agarré el cuaderno y entendí de inmediato la idea del Aarón.

La tarea era esta: tenemos que observar las costumbres diarias de un ser vivo. Y el chanchito, por lo menos hasta ahora, nos servía.

## Proyecto chanchito

Tomamos papel y lápiz y nos fuimos al patio. Nos escondimos detrás de un árbol y comenzamos a observar a nuestro “ser vivo”. Después de una hora estábamos casi dormidos de puro aburridos. Ni les cuento. Mejor les muestro la tarea:

*Tarea:*

Observación de un ser vivo.

Proyecto chanchito.

Ser vivo (por ahora): chanchito.

*Observaciones:* El chanchito es muy gordo y se come todo. La Clementina le dio cáscaras de papa y se las hizo chupete. Después, el chanchito intentó comerse el zapato de don Escolástico, pero lo tenía puesto y el chanchito no pudo. El chanchito se enojó y se puso a dormir. Se despertó, hizo caca (perdón por la palabra cochina) y se puso a morder la cuerda que lo tiene

amarrado, pero don Escolástico le puso ají a la cuerda y el chanchó se choreó más.

El ser vivo estaba súper enojado cuando apareció otro ser vivo por arriba de la muralla del patio. Era doña Petunia, la vecina, que se puso a alegar por el olor. Lo raro es que cada vez que aparece ella, el chanchó se queda callado y la mira en forma muy rara. Igual que como la Clementina mira a don Escolástico. Nuestra pregunta científica es: ¿Se enamoró el ser vivo de doña Petunia? No tenemos la respuesta, pero doña Petunia es tan gorda que a lo mejor el chanchó está confundido.

*Características del ser vivo:* gordo, fétido, come de todo. Tiene cola rara, nariz de enchufe y no tiene ni idea de que se lo van a comer. Y ahí termina nuestro estudio, porque dentro de poco el chanchó va a pasar de ser vivo a ser cocido.

Fin.

PS.: Profe, pónganos buena nota ¿ya?

## El secreto de Karla

Después de la observación científica del chanchó, con el Aarón nos quedamos dando vueltas por el patio. El hoyo ya estaba casi terminado. Era grande, cuadrado y si me paraba en el fondo, con el Aarón arriba de mis hombros, alcanzábamos el borde de arriba.

Estábamos saliendo del hoyo cuando escuchamos un ruido que parecía del chanchó, pero que no era de él (porque para variar Porky estaba Z). El sonido venía de la pieza del fondo, que es la de alojados. La ventana estaba abierta y se escuchaba un tremendo ronquido. Un ronquido con K.

Nos acercamos en silencio y miramos por la ventana. Ahí estaba Karla, durmiendo y agarrando algo raro entre sus brazos. En el suelo de su pieza había un cuadro blanco que parecía alfombra, y un montón de pinceles y pinturas. De repente, Karla pegó un ronquido como

frenada de moto y se dio vuelta en la cama. Y ahí vimos lo que tenía tan apretado. Era un tuto, como el pañal que tiene el Beltrán para dormirse. ¿Todos los artistas serán así, tan raros?

Estábamos con el Aarón mirando con la boca abierta cuando Karla abrió los ojos de golpe. Y nos pilló. Lo primero que hizo fue meter el tuto debajo de la almohada mientras se reía súper simpática.

—Hola, niños, ¿qué andan haciendo por acá? Pasen, pasen.

Como estábamos súper avergonzados, pasamos no más, bien callados.

—Qué bueno que vinieron, así les puedo contar algo de mi exposición.

Nos miramos con el Aarón y nos acordamos al mismo tiempo de miss Coddou. ¿Una tarea más y en día sábado?

—Siéntense ahí, en la cama. Tengo todo desordenado, pero es que soy así y no tengo remedio.

Sí. Todo estaba mega desordenado, y en el velador, obvio, estaba su famosa lata millonaria.

—Qué bueno que vinieron. A lo mejor me pueden ayudar. Para mi exposición tengo que hacer una gran pintura en esa tela blanca que está en el suelo. Y no se me ocurre nada.

¿Una artista en blanco? A lo mejor podría dibujar al tío Leo con su herencia (qué malo que soy). No alcanzamos a dar ninguna idea cuando la puerta se abrió de golpe y entró Beltrán rajado.

“Oa”, dijo en lenguaje Teletubbie.

Karla sólo alcanzó a proteger su tela, para que el recién llegado no pasara por encima. Pero Beltrán ya había visto algo que llamaba su atención: la lata. Justo iba a tomarla cuando de repente vio otra cosa más atractiva, asomándose por debajo de la almohada. (Hay algo que no les he dicho. Beltrán no sólo esta dejando de usar pañales. Para que el trauma sea completo, también le quitaron el chupete y el tuto al mismo tiempo).

Y lo que vio fue, precisamente, el maravilloso tuto de Karla.

Un sueño de guagua hecho realidad.

## Ojo con Beltrán

Si no hubiera estado ahí, no lo creo. No nos dimos ni cuenta y ya estábamos los tres fuera de la pieza de Karla. En tiempo récord ella agarró al Beltrán y, al mismo tiempo, con un pie nos empujó a los dos suavemente al patio.

Sin gritar ni alegar ni nada. Como película de karate.

Qué loco.

—Qué bueno que vinieron a visitarme —alcanzó a decir antes de cerrarnos la puerta en la cara.

Nos miramos los tres y el Beltrán, sin avisar, se dio la vuelta y salió disparado en dirección al chanchito gritando “oinc”. Con el Aarón parados detrás y lo agarramos antes que llegara a despertar a Porky Punk. Quién sabe. A lo mejor el ser vivo despertaba de maleta y le pegaba un jamonazo al chicoco, mandándolo directo al hoyo.

En eso estábamos —agarrando al Beltrán— cuando apareció mi mamá en el patio con su tercer bonsai. Era un pino chiquitito, como para una mini Navidad. No sé cómo, el chanchito justo se despertó y con una velocidad del tipo tenista se lanzó directo al pinito. Mi mamá apenas alcanzó a hacerle el quite. Se notaba que Porky quería comerse el arbolito, porque comenzó a tironear la cuerda con hartas ganas.

—¡Qué susto! —dijo mi mamá, yendo bien rápido hacia el invernadero con su tercera compra.

Con el Aarón sólo nos miramos. Mi mamá estaba más preocupada del pino ese que de nosotros agarrando al Beltrán. Entonces salió la Clementina al patio gritando: “¡A almorzar!” y justo en ese minuto sonó el timbre. Entramos a la cocina y ya la Clementina estaba hablando por el citófono.

—Voy a llamar a la señora antes de abrirles. Esperen un poco, por favor.

La Clementina salió disparada (en su estilo) hacia el invernadero a buscar a mi mamá. Y

como la onda del día era espiar, levanté el auricular para escuchar quiénes eran, sin que me oyeran ellos a mí.

—No tienen idea de la multa que van a tener que pagar —dijo uno.

—No. Y así de una vez por todas van a dejar de molestar a mi tía Petunia —le respondió el otro.

Oh, no. Eran los municipales.

## Extradición porcina

Para hacer la historia corta, los señores Larrea y Jarpa (así se llamaban) le comunicaron a mi mamá que Porky debía dejar el “radio urbano” en menos de una semana. O sea, en castaño llano, que tenían que mandarlo de vuelta al campo a velocidad turbo. En tren, en avión, rodando, como fuera, pero que fuera bien rápido.

Sobre el hoyo no habían dicho nada todavía. Apenas comenzaron a apuntar hacia el patio, don Escolástico entró a la cocina, sacó una tremenda carpeta amarrada con elásticos (o esco-lásticos ¡qué fome!) con montones de permisos y, nuevamente, fue el héroe de ya sabemos quién. Los dos tipos revisaron todo. Y todo parecía perfecto, hasta que...

—De todas formas vamos a parar la obra —dijo el sobrino de Petunia (tiene que haber sido él, porque tenía nariz de enchufe).

—¿Por qué? —preguntó, bien intrusa, la Clementina.

—Por una disposición nueva, la ordenanza... la ordenanza... (y se puso a mirar al otro, para que lo ayudara).

—...la nueva ordenanza 344555-K de la Ley de alcoholes, que prohíbe acumular tanto vino bajo tierra.

¡Yaaaa!

Frente a tremenda mentira, a mi mamá no le quedó más que despedir bien furiosa a Larrea y Jarpa. Y, además, los amenazó con que iría el lunes a la Municipalidad a poner las cosas en su lugar. Igual Pascual, todos quedamos con cara de funeral (salió rima).

Después del almuerzo, Escolástico y Justiniano tomaron sus cosas y se despidieron.

—Señora, avísenos cuando tengamos que volver.

El Beltrán no lo podía creer. No sólo le habían quitado el tete y el tuto, ahora le estaban quitando la "gúa", que iba saliendo por la puerta de atrás del patio.

Porky, sentado en la mitad del patio, no entendía nada de nada. Sólo miraba a la muralla, por si se asomaba de nuevo su amor, Petunia, la culpable de que lo echaran. Pobre chanco, no sabía que ella, en verdad, lo odiaba. Pobre chanco, víctima de tremenda chanchada.

## Domingo grillo

**E**l domingo fue desértico. Sólo sonaba el efecto grillo de fondo. Aarón se había ido el sábado en la noche (porque también tiene casa, por si acaso). La Clementina y el Beltrán no andaban muy felices y a cada rato se pegaban a la ventana para mirar hacia el patio. Karla no salía de su pieza porque tenía que pintar (pero no pintaba nada; sólo fumaba). Y mis papás andaban en su onda, comprando bonsai y vi-nos.

En una de sus salidas y entradas, pillé a mi papá.

—¿Qué es eso?

—Eh, oh, cof. Otro vino.

—¿Y es caro?

...

...

...

—Sí, confesó.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—No es barato.

—¿Cuánto no es barato?

—No te voy a decir.

—¿Cuánto?

—¿Si te doy plata, no me preguntas más?

—Ya.

—¿Cuánto?

Yaaa. Parece chiste. Al final me dio un billete todo roñoso, porque la famosa herencia todavía no llegaba, me comentó. O sea, se la están gastando antes de tiempo. Al final, lo único que me dijo a la pasada fue el nombre del vino. Algo como Petrus.

Lo busqué en internet. Casi se me cayó el pelo con el precio. ¡SÁQUENME DE AQUÍ!

## La normalidad colegial

**E**sa mañana, para entender algo, decidí aplicar el método científico a toda mi familia.

*Tarea:*

Observación de un ser vivo.

Proyecto Cabello I.

Ser vivo: Beltrán Cabello.

*Observaciones:* El ser vivo Beltrán no anda muy feliz. Echa de menos la guía, el tete, el tuto y el pañal (el pañal lo echamos de menos todos nosotros). Habla, pero no se le entiende mucho, y su nueva onda es regalarle cosas al chanchito y botar cosas a la basura. Yo creo que de puro aburrido, desde que se fue la guía. El domingo botó un bonsai de la mamá. Quedó llenó de arroz y cabellos de ángel. También le botó un vino al papá (ese, el Petrus), pero la Clementina lo alcanzó a salvar y lo guardó en la despensa. Y después, para la hora del té, no

había pan, porque el Beltrán le había regalado cinco marraquetas al Porky. Hay que tener cuidado con este ser vivo pequeño porque se mete en todas partes y anda agarrándolo todo. También tiró mi cepillo de dientes al wáter. Qué asco.

La verdad es que sirven mucho estas observaciones porque si me saco un rojo en una prueba, se la paso al Beltrán y la elimina. Y después digo que él fue. Jo.

Ese lunes fue casi normal. Y siguiendo con mis observaciones, les comento que el ser vivo Aarón anda medio tonto. Ya ni intenta quitarme el sándwich. Puro mira a la Marilú, que nunca se queda callada y que siempre responde “obvio”. Da lo mismo lo que le digas, siempre dice “obvio”.

—Marilú, ¿trajiste la tarea?

—Obvio.

—Marilú, ¿vamos a jugar?

—Obvio.

—Marilú, ¿tú naciste rosada?

—Obvio.

La última pregunta es mentira, por si acaso. Obvio.

## El tío Leoncio

Creo que me estoy poniendo muy complicado. Será mejor que parta por el principio:

El principio de todo fue una muerte.

Brígido.

Una mañana, cuando estaba listo para irme al colegio, llamaron por teléfono. Como nadie llama a esa hora, obviamente pensé que sería una buena noticia, como por ejemplo:

- 1.- Un ciclón arrasó el colegio. No hay clases.
- 2.- Un alud de piedras y lodo cubrió el colegio. No hay clases.
- 3.- Un extraño tipo de terremoto, muy localizado, dejó el colegio hecho harina. No hay clases.

No crean que soy tan podrido de malo como para imaginar que todo esto sucede con los profesores dentro. No, no, no. Me imaginaba que

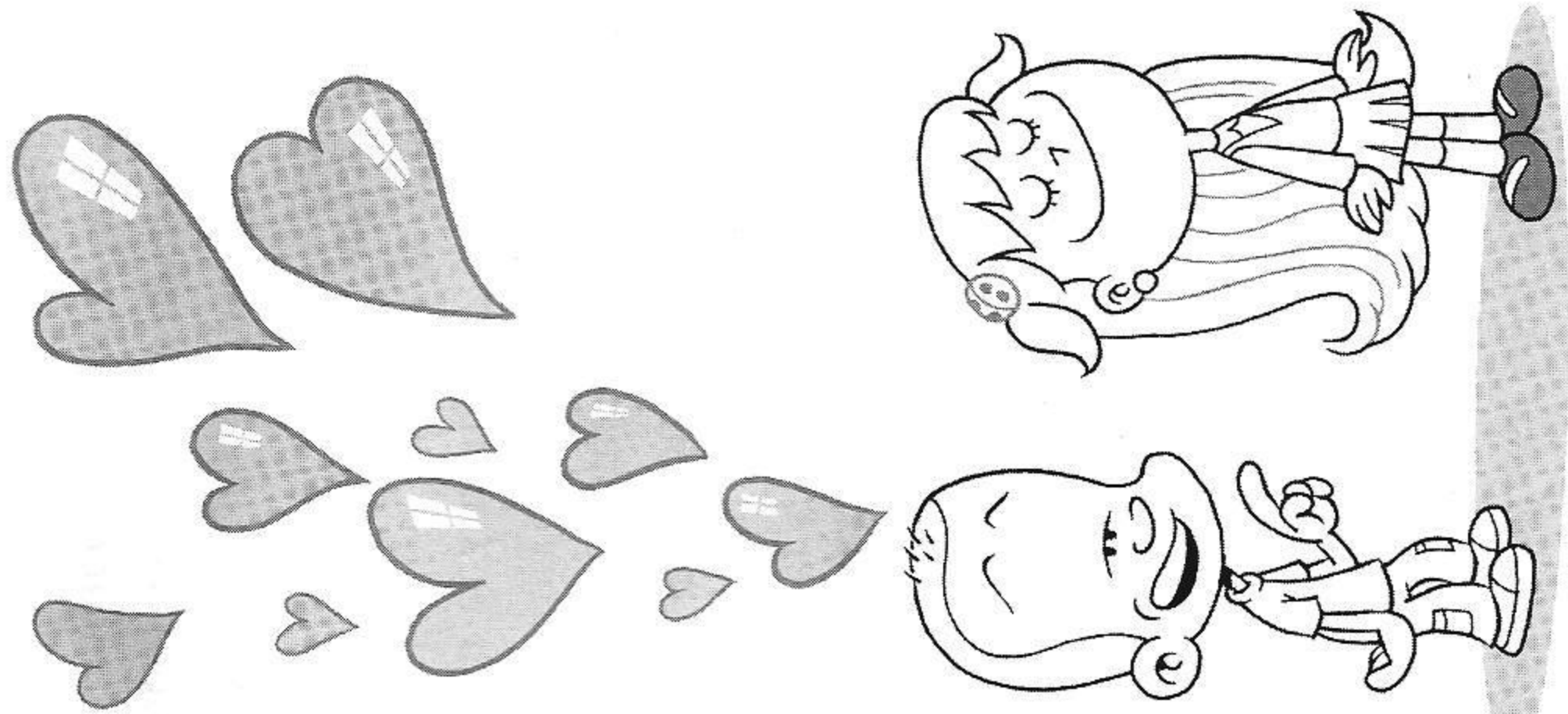
todos ellos, como recién estaban volviendo de vacaciones de invierno, venían atrasados. Y que justo el portero, don Juan, había ido a la esquina a comprar un cartón de Loto. Era entonces, cuando no había nadie ahí, que el colegio desaparecía de la faz de la Tierra.

Una tremenda tragedia (para la directora, porque para mí esto sería lo máximo). Pero nada. No pasó nada. Esa no era la noticia.

Mi papá, que tenía el teléfono pegado a la oreja, sólo escuchaba. Mudo. Parecía disecado.

Antes de colgar sólo exclamó: "¡Estaré allí en una hora!"

Mi mamá y yo, que estábamos al lado, igual de disecados, esperando que nos contara qué había pasado, no alcanzamos a saber. Se había hecho un gigantesco silencio que se rompió, precisamente, con algo que se rompía. Beltrán, aprovechando que no lo estábamos mirando, se había subido a la mesa de la cocina para ejecutar una danza-onda-disco-tipo-Godzilla-destruyendo-Tokio. Y Tokio eran los platos y tazas del desayuno.



## Leo lechuga

Esa tarde se respiraba otro aire en mi casa. Primero que nada, hediondo: Karla andaba paseándose con su puro, diciendo que no se le ocurría qué pintar. Y, segundo, el aire estaba extraño. Mis papás habían ido donde los abogados del tío Leo y, al parecer, las noticias no eran buenas. Se les notaba en la cara. Estaban hablando del testamento en la cocina cuando de repente desaparecieron. No sé qué bicho los picó, pero fueron a hablar “en privado” dentro del hoyo del patio. Y yo, que estaba haciendo mis observaciones, los seguí y me escondí para escucharlos. No soy intruso. Soy científico.

### Tarea:

Observación de un ser vivo.

Proyecto Cabello-Parada.

Ser vivo: papás, Julio Cabello y Rosa Parada.

*Observaciones:* Mis papás están nerviosos con una herencia. Les iba a llegar un montón de plata, pero dicen que hay un problema con una letra chica. Parece que el testamento hay que leerlo con lupa. Mi papá dice que no piensa hacerle caso al tío Leo. Mi mamá dice que lo piense. Mi papá dice que no piensa dejar de comer bistec. Mi mamá dice que no es malo ser vegetariano.

Estaba escuchando todo esto (y sin entender mucho) cuando de repente boté una piedra al hoyo. Mis papás se quedaron helados y en silencio. Entonces yo dije "oinc".

—Ah, es el chanchito —dijo mi mamá.

—Sí, el chanchito que no voy a poder comerme si le hago caso al testamento del tío Leo.

—Julio, decide lo que quieras. Yo te apoyo. Tu tío era un fanático vegetariano y tú no tienes por qué serlo para heredar sus millones. De todas formas, te va a llegar algo de plata.

¡Qué raro! O sea, el tío Leo obligaba a mi papá, desde su tumba, a que comiera pura ensalada para tener sus millones.

—Lo que me da pica es que si digo que no... —dijo mi papá.

—Lo sé —dijo mi mamá—, te da pica que la herencia se vaya a la sociedad defensora de perros callejeros, a la sociedad defensora de gatos vagos, a la sociedad defensora de conejos salvajes, a la sociedad defensora de búhos silvestres y a la sociedad defensora de topos.

—Se te olvidó la sociedad defensora de los ros trichahue —dijo mi papá.

Si me lo cuentan, no lo creo. ¡Todos esos bichos comprando bonsais y vinos!

Cric, cric.

Fome mi chiste.

## Carnívoro o vegetariano

Esa noche fui feliz porque mi papá me invitó a criticar un restaurante. No me lavé los dientes (por lo del cepillo y el wáter), pero sí me lavé la cara. Subimos al auto y mi papá comentó a hablarme de sus películas viejas de terror: “El increíble hombre que se derrite”, “El hombre con visión de rayos equis” y “La noche de los muertos vivientes”. No sé qué le dio, pero fue como volver al pasado.

Ya, me puse sentimental.

Estacionamos y sentí la primera tos. Nos bajamos del auto y mi papá seguía. Cuando llegamos a una calle llena de restaurantes, estaba casi atorado de “cofs”. Y ahí entendí todo. A un lado estaba el restaurante “La vaca loca”. Y en la cuadra de enfrente, “La sana zanahoria”. Esto iba a ser duro.

—¿Cuál es el restaurante nuevo, papá?

—Esos dof —dijo apuntando a la Vaca y a la Zanahoria.

No había que tener visión de rayos equis para entender que aquí se decidía nuestro futuro. O el de los loros y los topos.

—¿A cuál entramos?

...

Mi papá miraba para un lado y otro, como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Vamos al...

Al...

Y comenzó a doblar hacia la Vaca. Y, de repente, viró hacia la Zanahoria. Y entramos.



—Aquí no nos comemos a nuestros hermanos animales. Pero, en cambio, tenemos una maravillosa hamburguesa hecha con brotes de soya y carne vegetal.

¿Carne vegetal? ¿De una plantación de vacas?

Ahí, mi papá no resistió más, se paró, me tomó de la mano y ni se despidió. Alondra nos vio volar rápidamente hacia la puerta, en dirección a nuestra pobreza.

Cruzamos al frente y me comí casi una vaca entera. Y hace tiempo que no veía a mi papito tan feliz. Hasta se le cayó el botón del pantalón.

## Una artista sin ideas

**D**ormí con un yunque de carne en la guata, pero con la cabeza bien liviana. Mi papá se había decidido y no iba a cambiar su forma de ser por unos cochinos pesos. Bien por él, aunque el destino de Porky, en cambio, se ponía bien negro. Negro carbón, como para el asado.

El martes ni me alcancé a sentir el olor a limpio después de la ducha. La cocina olía a Karla (humo), que estaba tomándose un litro de café. Tenía una cara de ciruela pasa horrorosa.

—Karla, ¿qué te pasa? —pregunté yo, adultamente.

—Estoy en un problema, Julito. Tengo que pintar ese cuadro y no se me ocurre nada. Mañana llegan los que organizan la exposición para verlo.

Casi-casi le dije que se sacara una foto pilucha, pero no me pareció muy original. En

eso estaba, pensando artísticamente, cuando apareció mi mamá.

—Clementina —dijo—, ¿no le parece un desperdicio no usar de nuevo esa bolsita de té que tiene allí?

¿Era mi antigua mamá, de vuelta?

—Parece que sí —rezongó la Clementina, que se había hasta achicado después de la desaparición de Escolástico.

Entonces entró mi papá, que venía leyendo el manual para hacer jamón. Justo iba a preguntarle cómo pensaba eliminar a su rehén, cuando apareció Beltrán agitando el pañal nocturno como si estuviera bailando cueca. (Bueno, todos los días mi hermanito aprende algo nuevo).

Me arranqué antes de que el pañal me llegara directo a la cara. Conozco la puntería del Beltrán. Y cuando iba saliendo hacia el bus, les juro que vi a alguien en el fondo del patio. Era don Escolástico con unas flores. ¡Qué fósil más tierno!

## Adiós, Aarón

El colegio también estaba “tierno”. El Aarón ya ni parece ser vivo. Sólo piensa en ella y la mira a ella. Creo que el cerebro se le puso ro-sado por culpa de la Marilú. Le ofrecí sándwich, pero ni me pescó. El chupamedias del Sepúlveda se quiso aprovechar y darle un mor-disco, pero de vuelta le llegó un pequeño golpe disuasivo. Miss Coddou nos insistió ese día que fuéramos a la exposición de Karla, sin saber que hasta ese minuto no había exposición.

Cuando llegué a la casa, estaba realmente preocupado por Karla. ¿Qué pasaría con sus admiradores? ¿Y con miss Coddou? Por eso me fui directo a su pieza, a ver si la podía ayudar en algo. Y me encontré con algo extrañísimo. Ella no estaba, pero la pintura estaba terminada. La tela blanca del suelo tenía un montón de rayas y manchas de color café que no se parecían a nada. Arte, seguramente. Lo único

raro es que apestaba. Y que en la esquina estaba escrita una K y una A. ¿Serían las iniciales de Karla?

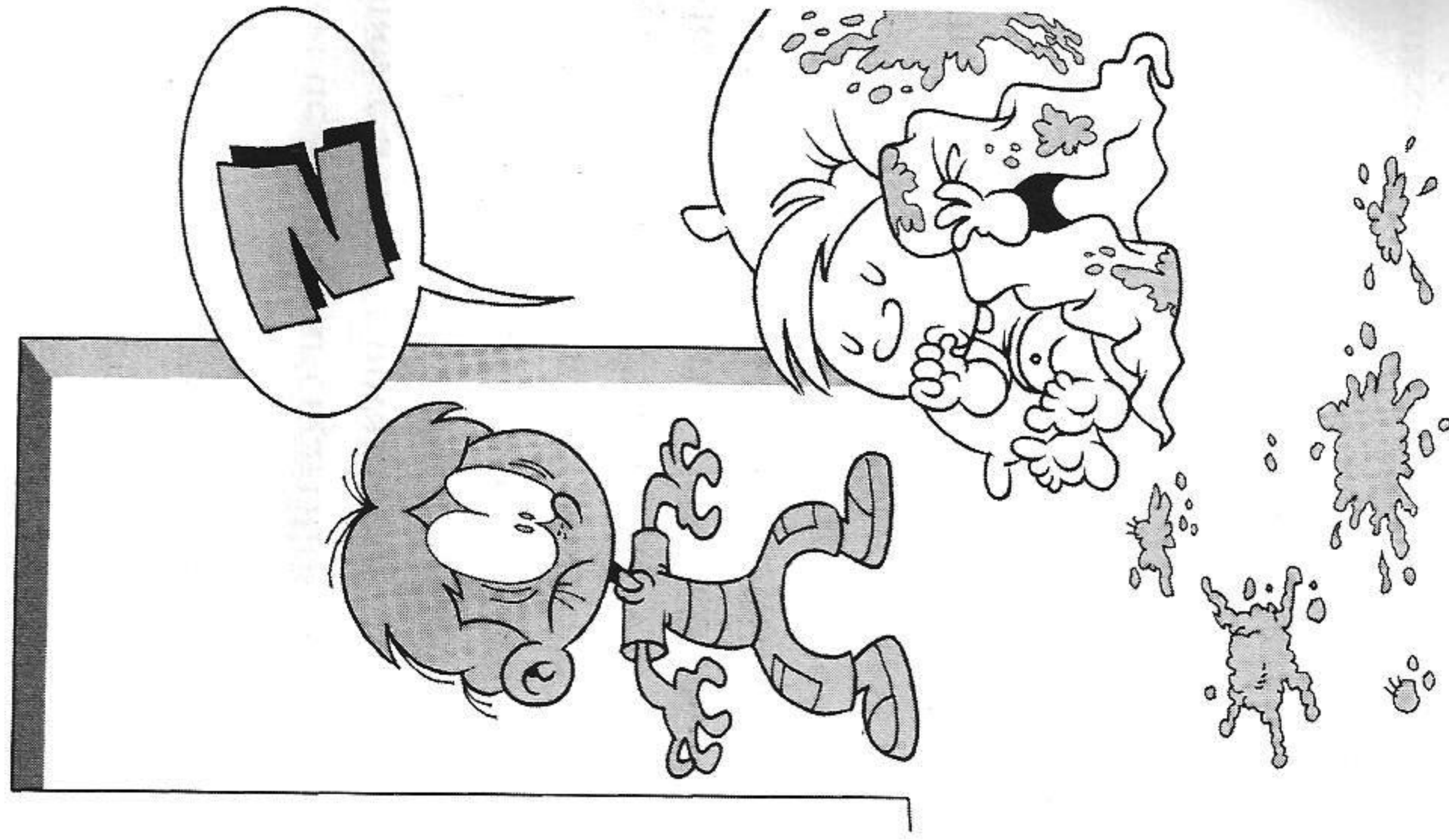
Estaba viendo (y oliendo) la creación de Karla cuando me di cuenta de que las manchas color café salían del cuadro y se dirigían hacia la puerta. Era realmente extraño. Un nuevo trabajo para Cabello-espía.

Seguí la pista por el patio y de repente me encontré al chanchito durmiendo como abrazado de algo. Era la lata de Manzoni. ¿Qué hacía allí? La tomé suavemente porque no quería que Porky se despertara y, de nuevo, seguí las huellas que ahora iban en dirección a la casa. Cuando entré a la cocina me encontré cara a cara con Clementina y Escolástico, ¡se estaban dando un beso! Se me quitó hasta el apetito.

De repente me escucharon y don Escolástico se agachó y me dijo como en secreto: "Niño Julio, nos vamos a casar". Ahí se me quitó el hipo como por cinco años.

¿"Parque Jurásico 4"?

Entonces, la Clementina, que andaba con cara de lesa (¿será la primavera?), me abrazó



bien fuerte, tomó la lata y la guardó en la despensa al lado del vino de mi papá, ese que había rescatado de la basura.

—Clementina —pregunté—, ¿dónde está Karla?

—Fue a comprar cigarrillos —dijo, antes de ponerse a mirar nuevamente a su amor.

Yo, que no quería ver más películas históricas, me di la media vuelta y seguí las huellas nuevamente. Fui por el pasillo y, finalmente, llegué. Ahí estaba, en su pieza, durmiendo abrazado al tuto de Karla, el Beltrán. Sin pantalones y ni les digo lo cochino. Ni lo café. Creo que Karla va a matar a alguien.

## Timbre, timbre

Sonó el timbre y lo único que se me ocurrió fue cómo salvar al Beltrán. Pero no era Karla.

Cuando abrí la puerta (porque la Clementina ni escuchaba de puro amor) me encontré con dos personas bien raras. Una mujer chica y crespa con las pestañas bien grandes, y un señor flaco como vela.

—Estamos buscando a la gran Karla —dijeron al mismo tiempo.

—Fue a comprar cigarrillos —respondí.

—Ah —dijo la mujer—, sabes, niño, somos los encargados de su exposición y tenemos que venir mañana, pero no nos aguantamos y vinimos hoy.

—Queríamos verla trabajar en su obra maestra —dijo el flacuchento.

—Pero ya les dije que no está.

—No importa —dijo la mujer, avanzando junto al flaco—. Somos de confianza, porque

somos sus admiradores. Dinos donde está su estudio.

No había forma de pararlos, así es que tuve que indicarles el camino, para que no se cayeran al hoyo y para que Porky no intentara morderlos.

Cuando entraron a la pieza se quedaron boquiabiertos. Me imaginé que el Beltrán se iba a ganar un castigo GIGANTE, como no ver Teletubbies por un año. Pero no. ¿Será la primavera? Los dos pusieron la misma cara del chanchito, la misma de la Clementina, la misma del Aarón. Estaban enamorados del cuadro café.

—Ahhhhhhhhh.

—Karla se supera a sí misma. Esto es una vuelta a lo primitivo.

—Y utilizó materiales orgánicos.

(Sí, súper orgánicos).

Estaban admirando el cuadro cuando llegó su "autora", que puso una cara indescifrable. La crespita y el flaco se dieron vuelta y la abrazaron, llorando de emoción.

—Karla, sigues siendo la mejor.

—La mejor —dijo el flaco, como un eco.

Y Karla, que quería seguir siéndolo, dejó que lloraran no más, sin decirles la verdad. Tonta no es.

## El gran día

Y llegó el día de la inauguración. Fuimos todos, menos Clementina que tenía que preparar la comida de celebración. “Le hice un encargo especial”, le dijo mi papá a mi mamá. “¿Ensalada de lechuga?”, le dijo ella. “Estamos gracias”, le respondió él, bien risueño y sin ninguna tos. Así amo a mis papás.

Cuando llegamos al Bellas Artes estaba lleno de gente. La exposición de Karla no era la única. Había un cartel que decía:

“Presentamos a la gran Karla, a Jordi y el arte del escuping, y María G. y el desnudo”. Era como el cartel del circo de Los Tachuelas.

Apenas entramos me fui a las otras exposiciones. En un libro chico que nos pasaban decía algo de cada artista. Y empezaba “Jordi fue dueño de un restaurante...” (jera el que baboseaba los platos!) “... y después de un viaje descubrió su vocación artística”. En resumen,

Jordi escupía la pintura sobre unos cuadros en forma de platos. Lindo.

Sobre María G., la entrada no estaba permitida a los niños y parece que tampoco a las mujeres, porque los únicos que iban a ver las fotos eran hombres.

Finalmente, y después del paseo cultural, llegamos todos, toda la familia Cabello, frente al magnífico cuadro de Karla. El Beltrán se quedó plastificado. Se acercó bien lento al cuadro y apuntó a la firma:

—Kaaaa —dijo.

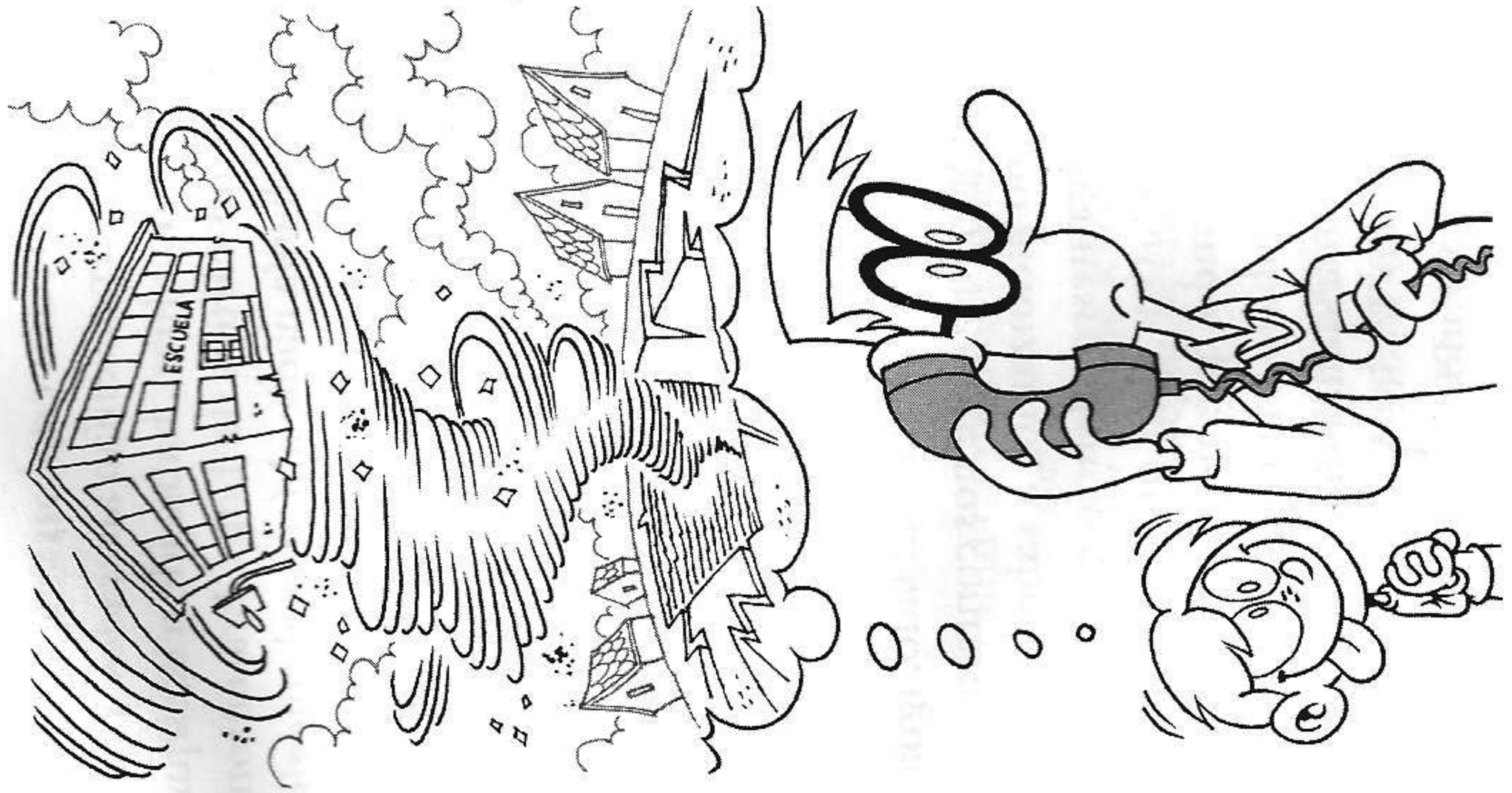
Esa era SU firma.

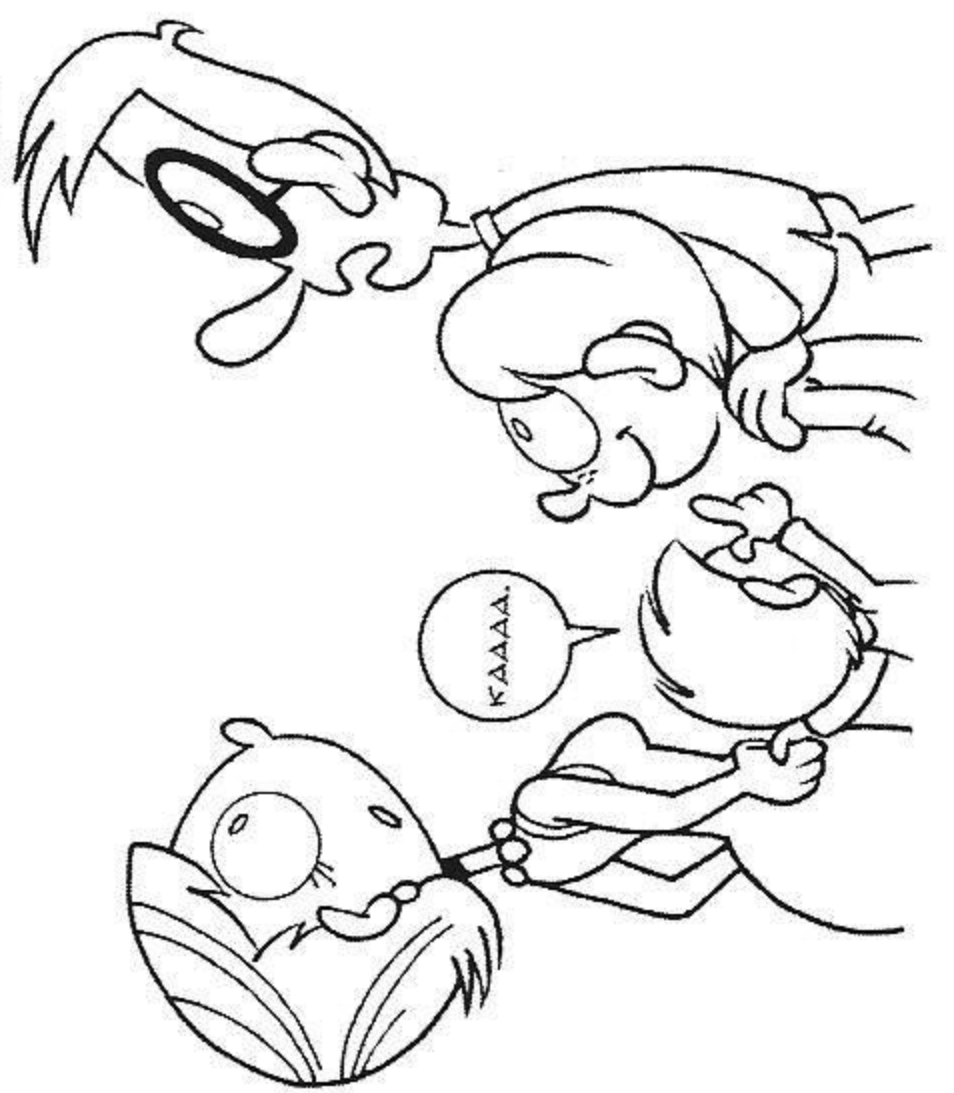
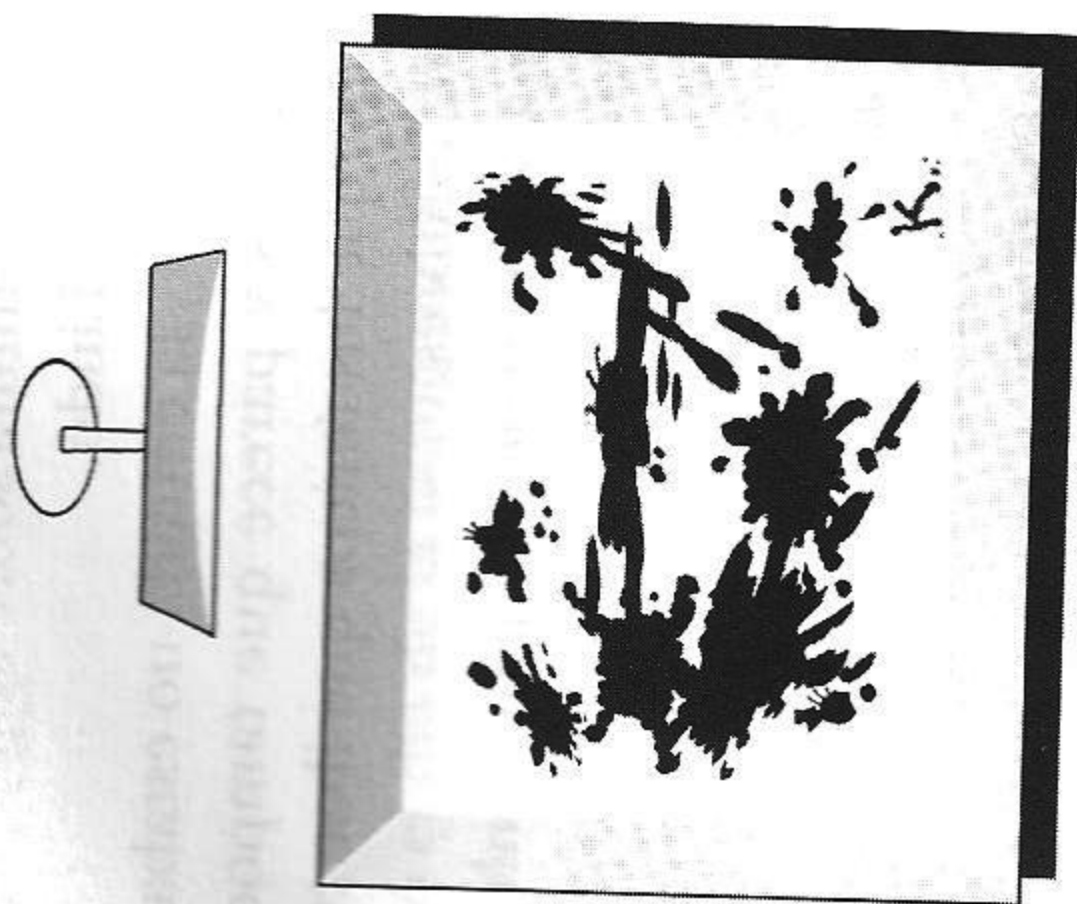
Mi hermanito es top. Ahora también escribe, y yo no me había ni enterado.

Por ahí andaba dando vueltas miss Coddou, muy simpática, y el Sepúlveda, haciéndose el mateo. El Aarón no quiso venir porque estaba ¡chateando con Marilú!

Ahí estábamos cuando otra persona se acercó. Era una señora llena de joyas y pieles que tenía manos de vieja, pero cara de joven. ¡Qué raro! ¿Le habrán trasplantado la cara? Miraba el cuadro con mucho interés y, de repente, sacó

Mis papás corrieron en dirección al desastre y lo único que alcancé a escucharle a mi papá, porque el bus del colegio ya estaba afuera tocando la bocina, fue: "Se murió el tío Leoncio".  
¿Y quién era ese Leoncio?





una chequera, se acercó a Karla y compró el cuadro de una sola vez. Karla miró el cheque y casi le dio un ataque. Si hubiera sabido que el artista fue el Beltrán, porque todavía no entendía qué había pasado, de más que le da un purgante para hacerse millonaria.

## La última cena

Llegamos a la casa y estaba oscuro, lleno de velas.

—Clementina, yo no le pedí esto... —dijo mi papá.

—No, don Julio. Es que se quemaron los tapones y tuve que cocinar a oscuras.

—De todas formas es muy romántico —dijo mi mamá bien feliz.

Acostaron al Beltrán, que venía Z, y nos sentamos todos a la mesa.

—Bueno, familia —dijo mi papá—, hoy comeremos pollo al vino, una receta secreta mía, preparada en esta ocasión por la magistral Clementina.

En ese momento aplaudimos y la Clementina, que andaba toda vergonzosa, como que se puso colorada y aprovechó de hablar:

—Les agradezco el aplauso y aprovecho de contarles que don Escolástico me pidió matri-

monio. Y nos vamos a casar en el sur, donde los míos.

Cric, cric.

Yo ya sabía, pero no mis papás, ni Karla.

Entonces mi papito empezó a aplaudir de nuevo y todos nosotros con él. Y le dijo: “Bueno, entonces les regalo el chanchito para su fiesta de bodas”.

Oh. Se nos iba el rehén. ¿Cómo iba a poder negociar?

Comimos y me acosté pensando en eso, en Porky, sin saber lo que iba a pasar después.

## Haciendo maletas

**E**l sábado fue el fin. Karla se iba de Chile, estaba haciendo la maleta y andaba buscando su tuto. Como sabía que yo conocía su secreto, me pidió ayuda. Y yo, que era el observador científico, le hice algunas sugerencias.

—A lo mejor lo tiene el chanchito.

Porky no lo tenía, porque Porky no estaba. Qué raro. Y cuando la vieja intrusa de la Petunia se asomó, le pregunté: “¿Sabe dónde están el tuto y el chanchito?” Y, de pura sorpresa con la pregunta, se cayó de nuevo la vieja títere.

—Te ayudo a buscar en tu pieza —le dije a Karla (bien cínico).

Buscamos por todos lados. Y nada.

—A lo mejor lo agarró el Beltrán y lo botó a la basura —fue lo último que se me ocurrió.

Partimos a la basura y ni les digo lo que encontramos: puros cadáveres. Una verdadera

matanza. Ahí estaba el tuto, inutilizable de puro cochino, ahí estaba ¡¡¡la botella vacía de Petrus de mi papá!!! Y, esto fue lo peor para Karla, ahí estaba también la lata abierta de Manzoni.

Si hubiera plastificado la cara de Karla, hubiera tenido la carta con más poderes súper negativos de la Tierra. Se fue hecha una furia, entró a la cocina buscando una explicación y se encontró con mi mamá dándole el desayuno a Beltrán.

—Ka, Karla —dijo el angelito.

—Hola, Beltrán —dijo a la rápida y siguió hablando—, Rosa, ¿dónde está la señora Clementina?

—Se fue bien temprano porque se consiguió un flete para llevarse el chanchito.

—Y no te dijo nada sobre una lata.

—¿Sobre una lata? Sí, ahora que me lo dices, anoche me comentó que en medio de la oscuridad había abierto una lata vencida, que estaba bien hedionda. Y también me dijo que le había costado mucho encontrar un vino para cocinar el pollo.

Silencio sepulcral.

Caso resuelto.

Karla no volvió a hablar del tema. A las dos horas ya estaba subiéndose al taxi, justo cuando llegaban Larrea y Jarpa.

—Ya no hay chanchito y vamos a tapar el hoyo. Así es que no molesten más —dijo mi mamá—, y les cerró la puerta.

Fin del asunto.

**H**an pasado un par de semanas y no puedo olvidarme del pobre Porky Punk. ¿Qué será de él?

Mi papá andaba de lo más feliz porque acababa de ir a un restaurante vietnamita y la comida era tan picante “que se me salían los mocos”, dijo súper risueño.

Sobre la herencia, al final, le llegó un poco de plata no más. Lo justo para pagar los vinos, el hoyo, el chanchito y los bonsai. Y para tapar el hoyo también.

Y, además, los de las sociedades protectoras le habían mandado montones de poleras en agradecimiento, con topos, loros y gatos.

En el colegio el Aarón se estaba poniendo rosado, lo juro, y miss Coddou seguía empeñada en hacernos PENSAR. Qué duro.

Raro todo, cuando de repente sonó el tim-

## Desde Estocolmo

bre. Abrí la puerta y me encontré con el cartero. ¿Con internet todavía existen los carteros? Bueno, para la Clementina y Escolástico sí. Habían mandado una foto de ellos dos vestidos de novios, abrazando al chanchito.

Si no lo veo, no lo creo.

¡Qué crueldad! ¡Jugar con la comida!

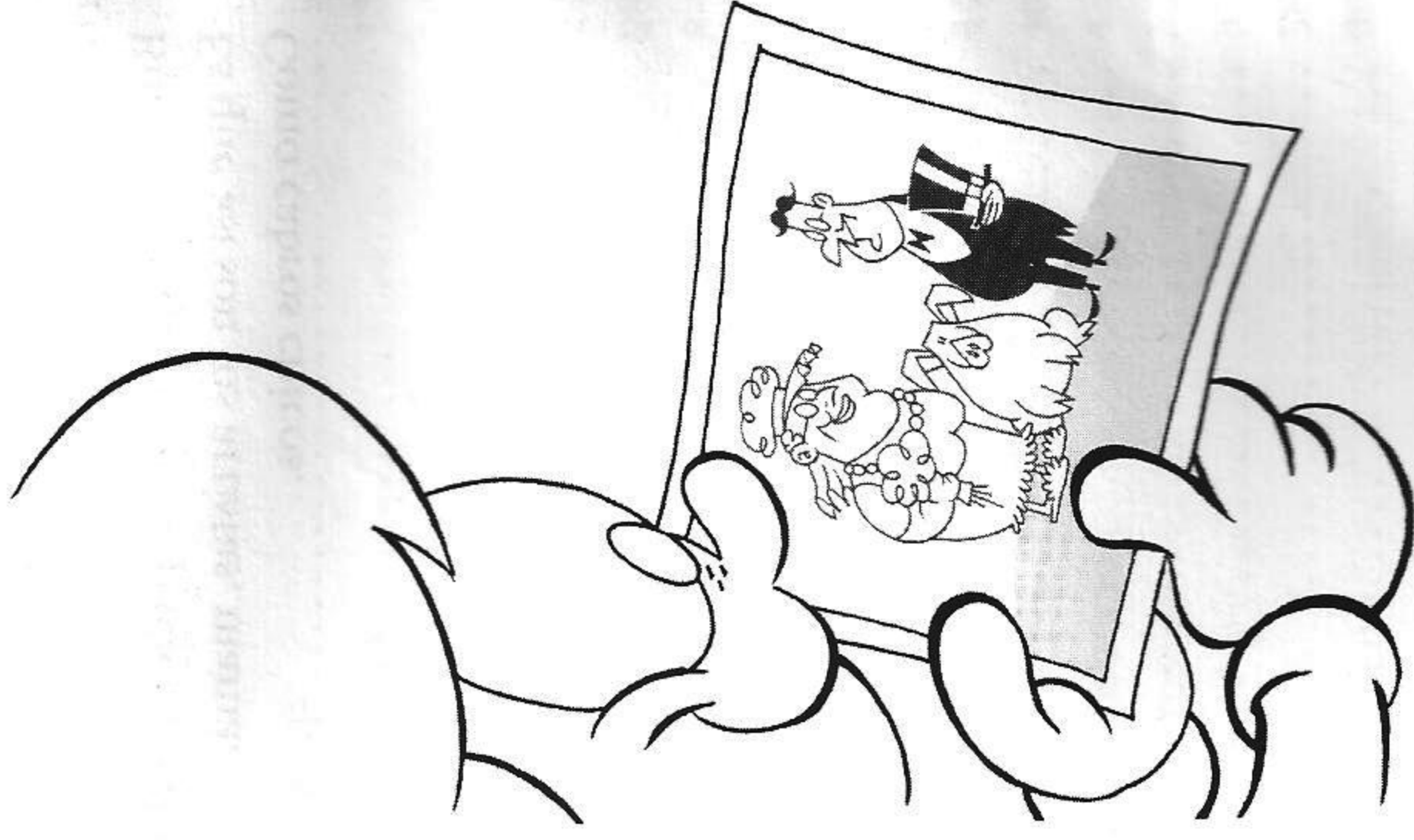
Pero no. Atrás de la foto contaban que Porky, la noche antes del matrimonio, se había portado como el mejor perro guardián y había morrido a unos ladrones que querían robarse los regalos de novios. Entonces le perdonaron la vida.

¡Viva el síndrome de Estocolmo!

Esa misma tarde mi mamá recibió un mail de Karla y me llamó para que viera la foto. Aparecía su amiga con una nueva lata de Manzoni, que había comprado con el cheque gigante de la exposición. Karla decía que estaba feliz, pero que todavía no podía imitar el estilo de su famoso cuadro café.

(Y era tan fácil).

Mi papá, cuando vio las fotos, se puso a reír.



Mi mamá también, hasta que vio al Beltrán en el patio, jugando con los bonsai a Bob el constructor.

Bueno, hay que tenerle paciencia no más.

Es que así son los artistas, mamá.

Como cabros chicos.

## Otro nuevo nombre

Ese día estuve más distraído que de costumbre, lo que ya es mucho. Lo único que me sacó de la gran pregunta (“¿quién era ese tío Leoncio?”) fue el Aarón cuando intentó comerse mi sándwich de jamón (por lo que se ganó un “colocado no cobra”) y también me distrajo la llegada de una nueva profesora.

Habíamos vuelto del recreo y estábamos listos para una guerra de bolas de papel, cuando se abrió la puerta y no entró nuestra miss de Artes Plásticas de siempre. Nosotros esperábamos a la miss Giner, que era muy simpática, tan simpática que nunca nos retaba. Y en cambio entró una profesora que lo primero que hizo fue hacernos callar. A continuación nos hizo sacar un papel y un lápiz para... ¡hacer una prueba! Cuando Sepúlveda, que es el presidente de curso, intentó protestar, la nueva profe le dijo fuerte y claro:

—¿Perdón? ¿Usted, señor... (ahí Sepúlveda dijo despacito “Sepúlveda”)... usted, señor Sepúlveda, pretende decirme cómo hacer las cosas? Tome asiento y saque el lápiz y el papel. Y no quiero más interrupciones.

Esto es lo que se llama un duro aterrizaje después de las vacaciones. Nos estábamos mirando en el más absoluto silencio (sólo se escuchaba la guata del Aarón crujiendo porque no le había dado de mi sándwich) cuando la profesora comenzó a hablar en otro tono.

—Bien. Es una sola pregunta y quiero que la contesten con la verdad. No me interesa que intenten parecer inteligentes ni que comiencen a poner las cosas que les han dicho sus papás, ni tampoco lo que dicen en la televisión en esos canales de cable culturales. Quiero que cierren los ojos para pensar, que busquen en su cabeza la respuesta y que sean sinceros. Porque yo sé detectar a los mentirosos...

¿Para dónde estaba yendo con todas estas explicaciones?

—La pregunta es: “¿Qué es el arte?” Piénsalo antes de ponerse a escribir porque me interesa la verdadera opinión de cada uno.

En ese minuto nos quedamos perplejos. Los Gélidos. Brígidos. Para nosotros la clase de Artes Plásticas era dibujar en perspectiva y hacer monos de plastilina (y la guerra con bolas de papel). Y esto de tener que “mirarnos al interior” para hacer una prueba, y además con una sola pregunta y sin punto base, estaba fuera de lo que podríamos imaginarnos.

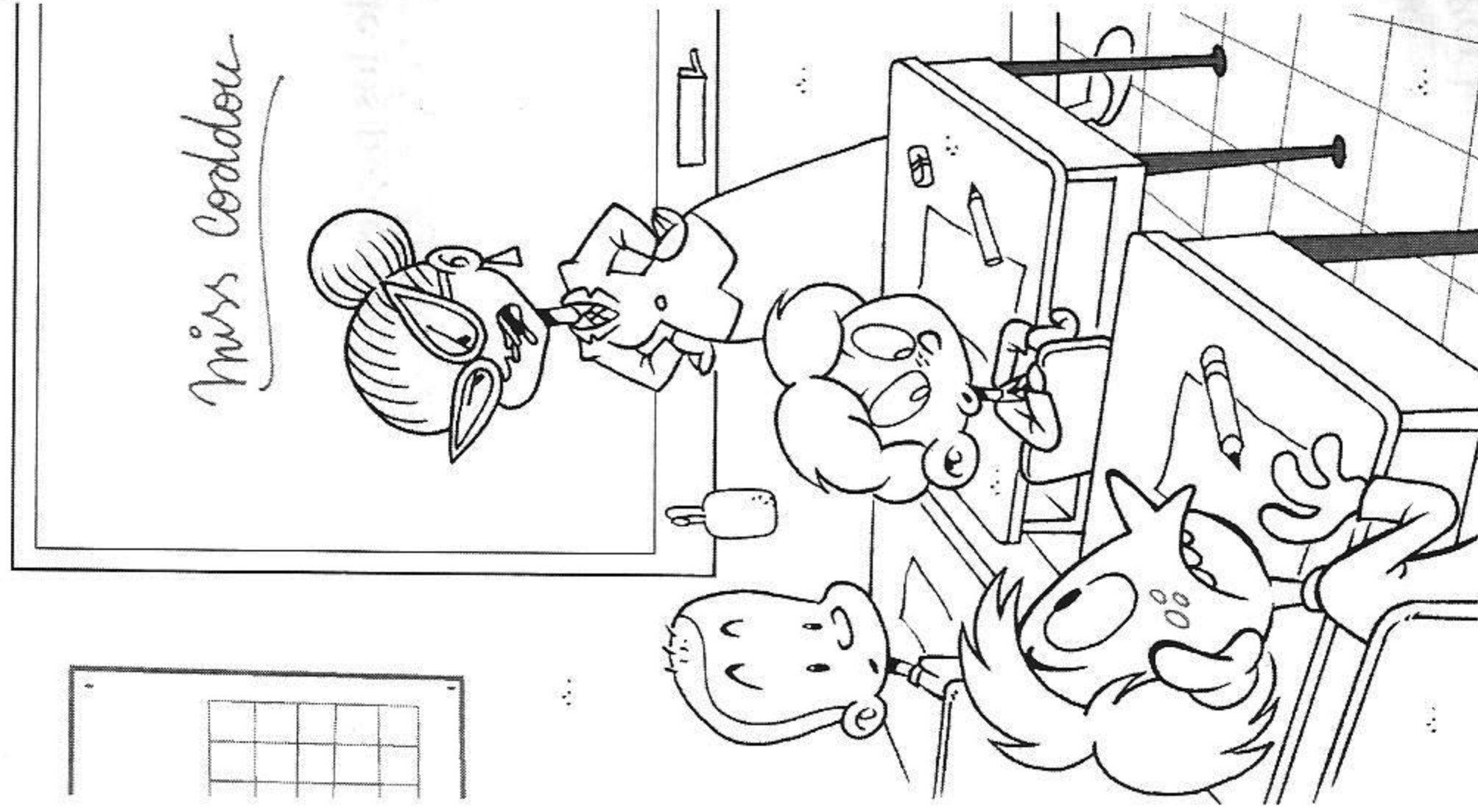
Somos niños, por favor.

Entonces, cuando todo el curso estaba mirando al techo en busca de inspiración (en vez de mirarnos al interior como dijo la profe, porque ahí estaba el estómago, creo), ella anotó algo en la pizarra.

—¿Es materia, profesora? —preguntó Sepúlveda.

—No, Sepúlveda, es mi nombre: soy Coddou, miss Coddou.

Le faltó decir “con licencia para matar”. Uf.



## Ahora soy adulto

Uno como niño tiene sus rutinas. Esto es culpa de los papás que nos han educado así. En serio. A mí, por ejemplo, me cuesta dormir si no me he lavado los dientes.

...

Broma.

Mentira, cayeron. Me duermo igual, pero despierto con un tufo espantoso y con los dientes peludos.

Pero sigamos. Ese día (que podemos llamar “el día Leoncio-Coddou”) mis rutinas se vieron muy cambiadas. Y cuando llegué a la casa, más aún.

Yo pensaba que mi papá iba a estar muy triste y la verdad es que estaba más raro que triste. Cuando entré a la casa él estaba sentado en el living haciendo “cof, cof”. Es esa tos que le sale cuando se pone nervioso. Mi mamá, que estaba sentada al lado, tenía más pinta de luto que él. Por lo silenciosa, digo. Pero ni tanto.

Me pidieron que me sentara.  
Insólito.

La única vez que me habían pedido algo así —sentarme en el living— fue para hablarme de cómo las abejas hacían el amor (aunque ellos insistían en usar la palabra “reproducirse”). Ahora el tema era otro.

—Julio —dijo mi mamá (que cuando no me dice Julito es como para preocuparse)—, esta mañana falleció un tío abuelo de tu padre, el tío Leoncio.

“Cof” hizo mi papá.

—Tenía 101 años y ningún hijo. Somos sus únicos parientes.

“Cof, cof”, fue el nuevo aporte de mi papá.

—Mañana es el entierro en el sur y con tu papá (“cof”) tenemos que ir. Beltrán y tú se quedarán con la Clementina. Tú la conoces y, como te he contado, ella me cuidaba cuando yo era niña... Julio, no te rías (eso se lo dijo a mi papá, que hacía “jof, jof, jof”). Ya sé que está un poco mayor.

¿Perdón, mamá? (esto lo pensé yo, para que no se confundan). ¡¿Un poco?! ¡Es pre-ju-rá-si-ca!